

LAS INCREÍBLES AVENTURAS DE Mr.FLOWERS

Un cuento moderno
narrado en antiguo

A
B
C
D
E
F
G
H
I
J
K
L
M
N
O
P
Q
R



Jose Flores

Para Esther

Título: Las Increíbles aventuras de Mr. Flowers

© 2019 Jose Flores

Ilustración de cubierta: Anabel Cambero Moratalla (Ojorypy)

Primera edición: Junio 2019

Impreso por KDP

ISBN: 9781099822094

Todos los derechos reservados.

Las increíbles aventuras de Mr. Flowers

Un cuento moderno narrado en antiguo

Jose Flores

Cap. 20

... y morí.

FIN

Cap. 1

Dos veces he muerto en mi vida. La primera, en un museo. La segunda, delante de un cuadro. En ambos casos, por una mujer. No en vano arte y muerte tienen el mismo final en su escritura. También suerte. Y de ésa puedo presumir de haber tenido mucha.

Nací en el país de las liebres. Desde que la memoria recuerda, el amor saltó a mi puerta muy pronto. Me refiero a una vecina, que tenía la misma tierna edad y altura que yo. Finos dorados rayos de sol manaban de su cabeza, a los que domeñaba con una pizpireta coleta. Cuando las esmeraldas de sus ojos se incrustaron en la corteza castaña de los míos, cambié los juguetes por idílicas historias de amor donde ella era mi princesa y príncipe azul, fuera cual fuese el juego. ¿Su nombre? Ana.

Ese verano nuestras familias veranearon juntas en la playa y allí nos enamoramos. O el equivalente infantil de ese sentimiento. También fue la última vez que nos vimos. A los pocos días se mudaron y mis ojos se inundaron de saladas lágrimas, que me transportaban al mar donde nadábamos junto a las afiladas rocas, viendo a las olas romperse como entonces se rompía mi corazón por su pérdida.

Aquella temprana experiencia desataría una fuerte sensibilidad en mi interior que más tarde sería mi forma de vida y la causa de que me convirtiera en la persona que todos conocéis ahora. También provocó un rápido desarrollo cerebral que me distinguió del resto de chicos con los que compartía edad. Aprendí a manipular a mis compañeros de clase para que sus músculos me protegieran a cambio de soplarles las respuestas en los exámenes y así nos convertimos en la histórica generación que obtuvo menos suspensos de todo el colegio. Fue en aquella época cuando me gané el seudónimo de Mr. Flowers, que me acompañaría el resto de mi vida.

Con esa elegante reputación como carta de referencia, conocí a mucha gente, en especial a chicas que valoraban mi liderazgo intelectual. Pero no abusé de la tentación de mi poder. Las cicatrices de mi corazón seguían

abiertas, condenándome a pasar mi infancia rodeado de pequeñas mujeres que, a medida que conocía, aprendía de psicología femenina. Supongo que el haber perdido a una persona importante en mi vida tan pronto influyó en que prefiriera tener a usar. Y sigo igual; me conformo con poco, pero me gusta poseer mucho.

El siguiente descubrimiento fue la importancia del dinero para proteger mi prestigio. El altruismo empezó a cobrarse un precio para quien quisiera contratar mis servicios de aprobado de exámenes, lo que me permitió amasar una pequeña pero considerable fortuna para alguien de mi edad. Yo era la hormiguita financiera en un mundo de cigarras con figuras de acción.

Os sorprenderá saber que no pensaba en otra niña según iba creciendo. Supongo que se debía a una herencia genética familiar. Mi padre no tuvo más novia que su mujer. Venía de una época en la que se vivía con un coche, una vaca y una esposa. Y que no se estropearan, que no existían recambios. Así que heredé esa mentalidad, viendo un panorama muy negro en el horizonte de mi futuro. Hasta que salió la luz de un sol llamado Blanca.

Mi colegio ofertaba unos cursos para estudiantes aventajados en el país de las verdes landas. Por unanimidad, me seleccionaron en primer lugar todos los profesores. Acepté encantado su decisión, pues necesitaba un cambio de aires cuanto antes y mi entorno de influencia se había vuelto repetitivamente asfixiante. Era el momento propicio de expandirse. Para algunos, el cambio de residencia supone un trauma. Para mí, no. De hecho, hasta el idioma se convirtió en un aliado más que un problema. Solo necesitaba destacar en una actividad nueva para que mi trayectoria ascendiera: el deporte. Mi arrolladora personalidad fichó por el mejor equipo de fútbol local y en breve me nombraron capitán. No destacaba por mi técnica o clase con el balón, pero estaba tocado con el talento del gol. Con eso me libré de cualquier competencia posible. Mr. Flowers seguía siendo el titular de la corona.

Entonces, como sucede en todos los organismos vivos, las hormonas despertaron de su letargo. Esa nueva experiencia causó algo más que cambios físicos en mi cuerpo. También en el de la gente con la que compartía vestuario. Mis compañeros solicitaban mi compañía ya no solamente por mi carisma, sino por el séquito femenino que me acompañaba a todos lados. Me di cuenta que necesitaba realizar una conquista para defender el territorio, pero sería yo quien acabara conquistado. Blanca apareció de la nada y sus níveos brazos rodearon mi cuello una tarde frente a su casa para atraparme con sus labios. Mi primer beso.

¿Cómo describiría la miríada de sentimientos que se desataron en mi interior? Los ojos, perezosos, se iban cerrando, cegados por el húmedo contacto, a medida que todo mi cuerpo se derretía a su lado. Sentí frío, sentí calor, sentí una estremecedora turbación. Un sedoso velo tapó el reloj del tiempo para definirme la palabra pasión. Cuando nos separamos, mi corazón latía curado, mi cuerpo se agitaba con jovial alegría y mi boca se arqueaba con una sonrisa que sacó las primeras arrugas de mi rostro.

Aquella noche la pasé entera en vela, temblando como el pabilo, saboreando el recuerdo. Algunos pensaréis que no era más que una juvenil emoción. Al principio sí; lo reconozco. Pero la huracanada reacción que ese beso había causado me permitió descubrir un poder del que yo era ahora su nuevo vasallo. Necesitaba analizarlo, comprenderlo y domarlo para disponer de esa arma a mi favor y no en mi contra. Blanca me enseñó el funcionamiento de las relaciones entre dos personas, cogiéndome de la mano, separándome del grupo para disfrutar íntimos paseos y puestas de sol frente al puerto, abrazados, acariciados por la brisa que batían las alas del amor a nuestro alrededor. Lejos estaba yo de saber todavía que se trataba de un pájaro terco, zahareño y causa de la primera de mis muertes.

Cap. 2

A mi regreso al país de las liebres, descubrí dos cosas importantes. La primera, que cada nación tenía un amor para mí, por lo que decidí cursar mis estudios universitarios en el extranjero. La segunda, el nombre de mi siguiente compañera. El universo me mandaba un mensaje bastante claro: Ana, Blanca... No tenía duda alguna de que la siguiente entrada en mi corazón comenzaría con la letra C.

Por tanto, me matriculé en Arteconomía e Informática en el país de las colinas, donde se sentó a mi lado una chica llamada Carolina. En seguida supe que se trataba de la elegida. Compartíamos idénticas inquietudes culturales, su mirada doblegaba la mía y venía de una buena familia. Eso facilitó mi entrada al mundo adulto, a hacerme selectivo y refinar mis gustos en un entorno aguijonado por opuestas facciones políticas. Asistimos a vehementes discursos, vimos nacer el espíritu crítico juntos y disfrutamos de las ventajas de la mayoría de edad tomando nuestras primeras cervezas en un bar donde la única conversación de interés la producíamos nosotros. En breve, descubrí también el florecer de la erótica explorando nuestros cuerpos, la excitación al notar erguirse sus pequeños pezones bajo la blusa mientras se extendían las puntas de su corona alrededor, los frotamientos en la oscuridad de las esquinas mal alumbradas por una farola con tos y el flujo liberador que impregnaba las sábanas de los hostales con cabezas de animales colgadas de las paredes. Pero no todo era carnal con Carolina. Solíamos asistir a exposiciones en galerías. En una de ellas, de hecho, perdí la vida.

Recientemente había sufrido un ligero accidente que me obligaba a desplazarme con la ayuda de dos bastones ingleses. Nada serio para mi edad, pero incómodo por lo inoportuno del momento. Carolina y yo estábamos planeando irnos de viaje a la capital para buscar trabajo de becarios en una conocida empresa y ahora me veía obligado a postergar dicho desplazamiento por mor de un exceso de confianza y pitanza. Recuerdo la escultura modernista

de bronce, a unos niños correteando por la sala, Carolina refunfuñando por esa laxitud educativa a los padres de los pequeños corredores, un empujón y luego... nada recuerdo luego.

Cuando se abrieron mis ojos, los paramédicos estaban arrodillados a mi lado. Eran dos, un chico y una chica. Por lo visto - más tarde me enteré - me había golpeado la cabeza contra la estatua, perdiendo conocimiento, respiración y, finalmente, vida. Las técnicas de reanimación no surtieron ningún efecto y decretaron mi muerte unos cuantos minutos después. De ahí que chillaran asustados al escucharme hablar.

No hubo ningún barquero o luz en ese viaje unidireccional. Solo un embriagador oleaje de paz que calentaba cada poro de mi piel a medida que una corriente de piedad fluía por mis venas. Los ojos de la paramédica brillaban extrañados. Me incorporé y la cogí de la mano. Al sentir mi tacto entre sus dedos, se quedó quieta y empezó a llorar. Vi en mi interior la película de su vida, sus penas, sus dolores, sus temores y frustraciones. Todas ellas pasaron de su cabeza a la mía, donde desaparecieron para siempre. Al acabar, su mirada había cambiado. Y me dio las gracias.

Los padres de Carolina, Octavio y Fabiola, militares de profesión, se encargaron de costear los gastos de estudios neurológicos del hospital. Se sentía culpable. Al fin y al cabo, el accidente se produjo cuando se giró y me empujó por ocupar su punto ciego. Parecía imposible que ese cuerpo tan delgado y pequeño, rematado con el rostro de la bondad infantil hubiera podido arrebatarme la vida con la misma sencillez que se llevó mi corazón. La perdoné. Ella no. Carolina tenía una pesadumbre que la impedía amarme como antes y yo un parte de alta que certificaba que mi cerebro funcionaba con normalidad. ¿Por qué no entendía, pues, su decisión?

Resucitado pero despechado, dejé en manos de la guía del universo mi recuperación emocional. En cuanto acabé mis estudios, navegué al país del laurel para iniciar mi vida laboral. Las excelentes notas y recomendaciones que portaba en la maleta me abrieron más puertas que un manojo de llaves maestras. Fiel a mi filosofía, escogí la que mayor sueldo me ofrecía. Así me hice anticuario y tasador de arte.

Mis grandes cualidades de negociador compensaron con creces la falta de experiencia. Eso sacó de quicio a Dafne, mi jefa. Me doblaba en edad, en tamaño a Carolina y en belleza a todas las anteriores juntas. Sin embargo, a diferencia de mis conquistas previas, mi carisma y liderazgo fracasaron y de qué manera. ¡Peor aún! Me enamoré de ella. Los latidos de mi corazón me

distanciaban del suyo. No me quedó más remedio que tocarla con la magia de mis dedos para poseerla.

Decían los antiguos griegos que el amor es un dios que te posee y que te trastoca la razón. Como la ira o el resto de sentimientos. Yo tenía el arco y las flechas de Eros y, por primera vez en mi vida, eché mano de ellos. Dafne cayó rendida y me inició en los misterios del acto sexual pleno. Descubrí los secretos del cuerpo. Aprendí a acompasar mis penetraciones para ralentizar mis orgasmos. Me sentí, en definitiva, satisfecho. Pero, por lo visto, no tanto como para rechazar el postre.

La fidelidad a mi destino me hizo ser infiel a Dafne. El sexo recién descubierto me abrió los ojos a la juventud de otros cuerpos femeninos más jóvenes, mujeres a las que conocí en viajes donde tasaba piezas a la vez que pasaba de valorar a mi pareja por el deseo de la amante. Eileen, Farah, Gabriela, Helga, Isabelle. Nuevos países, nuevas razas, nueve nombres más. El abecedario seguía con su deletreo inexorable. Hasta que descubrí que cada avance de letra solo me alejaba de la verdadera sensación del amor. Confesé mis sicalípticos pecados coleccionistas a Dafne. Lloró desconsolada. El desleal toro había clavado sus cuernos en la herida más humillante para una mujer: su edad. Me despidió, pero yo ya había dimitido de esa relación fraudulenta. No obstante, antes de irme aparté las sortijas circasianas que cubrían sus hombros y la toqué suavemente con las yemas para liberarla de ese dolor causado por mi falta de sensibilidad. Lo que antes la había estrangulado ahora la dejaría respirar.

Cap. 3

Por la J empieza el nombre de Julieta, pero ya me jeringaba este juego. El amor huye, destruye, crea y recrea. Había participado de sus glorias y desgracias, conocido felicidad y tristeza, sentido pureza e indecencia. El amor había pasado por los ciclos de la luna: creció con Carolina, de Dafne quedé lleno y el quinteto de amantes menguó el sentimiento.

Me centré en mi trabajo, refugio rutinario de quien quiere olvidar. Con los contactos obtenidos, me establecí en el país de la lana, prestando mis servicios en una prestigiosa casa de subastas. Las millonarias pujas me permitieron vivir con holgura. Asistía a fiestas de sociedad donde, una vez más, el éxito tentó a mi medida. No me dejé seducir por sus encantos y compartí los míos con los más necesitados, poniendo a dieta a mi voraz ego. Pronto senté la cabeza y ésta se acomodaría sobre el generoso busto de una mujer llamada Julia.

Las noches en las que mi agenda se despejaba, acudía a la melancolía de un café donde el humo inundaba los ojos de sus parroquianos. Me hice amigo del camarero, un tipo enjuto por edad y trabajo. La frugalidad en la consumición la compensaba derrochando tragos y conversación entre los asistentes. Ahí aprovechaba para consumir mi obra purificadora y limpiar los posos de tristeza de cada uno de ellos. Buscaba la absolución mediante la ablución. Hasta que un día entró Rebeca.

El salvajismo indiano de su melena se hizo a un lado para cautivar me con la enorme sonrisa que escondía debajo. Todo en ella era alegría, pero a mí no se me escapaba el halo de nostalgia que rodeaba sus grandes ojos caoba. Una noche, puse sus manos entre las mías en un momento de confianza. Nada sucedió. ¿Habría desaparecido mi magia? Probé con otras personas y respiré aliviado. Seguía conservando mi preciado regalo. Extrañado, me dediqué a averiguar el motivo por el que Rebeca era inmune a mi hechizo. Eso nos acercó más.

Un día, me invitó a su casa para que conociera a su hermana mayor, Julia. Compartía años conmigo e irresistible energía con Rebeca. Una fuerza arrolladora me inundó al tocarla, desconcertándome, embriagándome el pensamiento. La miel de su piel zumbó intensa e ilusionada antes de que su redonda cara se rodeara de una aureola de luz y estallara. Ciego, acepté a mantener una relación seria. Al fin y al cabo, era el turno de que la J fuese mi faro. Julia abrió su círculo de amigos a mi soledad, donde encontré un compinche llamado Bren, al que considero casi un hermano. Se convirtió en mi contrapunto ideal, con su apolíneo cuerpo y rostro de querubín. Sin embargo, envidiaba mi éxito con las mujeres. No por Julia, sino por Rebeca.

Poco tardé en descubrir que el foganazo que me sacudió al conocer a Julia se debía a su locura. Su excesivo deleite con el alcohol y otras sustancias me arrastró a los pozos de la infamia con su comportamiento en público. Pero un paternal sentimiento me obligaba a seguir a su lado. ¿O tal vez fuera culpabilidad por haber abandonado a Dafne?

Así cayeron las hojas del calendario ese año. Cada mes que pasaba, se marchitaba un poco más mi corazón. Cada semana que se apagaba, crecía otra llama que iluminaba un rostro que no era el de Julia. Cada día que moría, lloraba la misma incertidumbre en mi interior. ¿Me había confundido de pareja? Las dudas mutaron en peligro, verde como los ojos de Bren cuando le vi rondando a Rebeca. ¿Celos? Tal vez egoísmo, la codicia de querer poseerlo todo, como siempre. Mi voraz boca se alimentaba de sus halagos y cariños, negándose ahora a dejar de comer. No era justo. Julia era un caso perdido, pero me negaba a hacerle daño de nuevo a otra persona. Mucho menos con su hermana.

Mis tribulaciones aumentaron cuando Rebeca me confesó su amor. No, no fue una confesión. Los dos nos dijimos lo que sentíamos una tarde, sin palabras. La vibración de nuestros cuerpos, los inequívocos gestos, la sensación de que el mundo no existía alrededor nos impidió hablar. Pero lo que ella me pedía no se lo podía dar. Acaricié su inmune mano, que me despidió con estas palabras: *Dime que nunca me olvidarás*. Juré que no lo haría. Luego, abandoné la ciudad.

Me fui a los confines de la tierra, al país del dragón. Bebí las aguas del Leteo en la orilla de una boca de actriz de teatro para olvidar un nombre pero no una promesa, sentándome en la platea de los placeres orientales de Kang-Dae. Sus arcaicas representaciones del baile de títeres me hicieron reír de nuevo. Me convertí en su representante y viajamos a lo largo y ancho de su

tierra. Kang-Dae me animó a participar una noche en su obra. Tenía que salir descalzo en un breve papel, transportando una caja y diciendo una sola frase. Al principio, me negué a hacerlo. Quería ser espectador, no espectáculo. Pero consiguió convencerme. Siempre se salía con la suya. Apenas hollaron mis pies las arenas laminadas del escenario, otra magia distinta a la de mis manos inundó la escena. Una electricidad xilófaga mordió al resto de intérpretes y produjo un tropo en el acto que acabó con el público levantándose de sus sillas para ovacionarnos. De esta manera, descubrí que mis extremidades inferiores también estaban empapadas de taumaturgia.

Por desgracia, la magia recién hallada hizo que perdiera a Kang-Dae. Una mañana, con el telón de la niebla sobre un puente, ella se desvaneció. De tanto actuar, nuestra relación se había transformado en pantomima. Sin despedirnos, hicimos mutis por el foro para seguir distintos caminos. No duró mucho la lástima, pues al otro lado del río, escondida entre bambalinas, me esperaba Lorraine.

Cap. A-1

—¡Ana! ¡Ven!

—Dime, papá.

—¿Sabes quién es este chico?

Intenté reconocer a esa persona que salía en la televisión, pero el vagido de mi segundo bebé reclamó mi atención. Una vez concilió el sueño, mi padre volvió a sacar el tema, que yo ya había olvidado. Pero no a él. ¡Cuántos recuerdos fluyeron en mi cabeza! Ese simpático y romántico compañero de juegos que vivía a mi lado cuando yo era pequeña se había convertido en un exitoso personaje. Mi marido bufó despectivo al saber que lo conocía. Desde el nacimiento de Belén se queja de todo lo que rodea a su vida. Le ignoré, una constante que se repite con demasiada asiduidad recientemente. O tal vez ya llevo tiempo evitando reconocer que nuestro amor ha derretido su vela.

Esa noche soñé con Mr. Flowers, y sentí que parte de su persona me seguía perteneciendo. Llamadme loca si queréis, pero esperé a que mi marido se marchara de viaje de negocios para dejar a mis hijas con sus abuelos e irme de visita al país de la cerveza. ¡Con qué nervios entré en su galería de arte! ¡Mil mariposas aletearon en mi estómago cuando le vi! Me acerqué distraída a su lado y sus ojos se iluminaron con el brillo de la serendipia y la ignorancia de la razón. Me presenté con un sucinto falsificado de mi nombre, a ver si así lograba devolverle mi púber rostro a su memoria. Pero él movió la cabeza, contrariado.

—¿Milana? No puede ser. Estoy con Mariana.

El rechazo congeló el rojo líquido de mis venas. ¡Qué boba fui al pensar que...! Da igual. Al poco rato apareció su pareja. Mi sangre se deshelo al ver cómo se profesaban amor el uno al otro. Envidia sana en vida ajena.

Me fui deseándoles lo mejor en su futuro. Por fin tuvimos la despedida que nos privaron cuando éramos niños. Se la debía. En lugar de decirle adiós

aquel día, me quedé enfurruñada en el asiento trasero del coche, llorando, berreando, odiando, porque los cambios son duros de entender en la infancia. También de adultos. Me encerré en el baño del avión para que nadie viera mis lágrimas rodar por las mejillas. Todavía estaba caliente el roce de su mano. Al acariciarlo de nuevo, vi pasar mi vida en formato película, mis aciertos, mis errores, la sonrisa de mis bebés y el desprecio de mi esposo.

Regresé a mi asiento como una persona nueva. Fue breve el reencuentro, mas largas sus consecuencias.

Cap. 4

Del mundo de las luces del escenario pasé a la oscuridad de un inmundo urinario. Lorraine me transformó en bohemio haragán de la gran ciudad del país de las ranas. Vestíamos unas ropas llamativas (provocativas, diría la alta sociedad) que lucíamos, hedonistas, con la *crème de la crème* nacional. Si antes mi nombre predecía a mi fama, pronto se invertirían esos términos de tanto trasnochar. Lorraine y yo acabábamos viendo al sol despertar entre bostezos de absenta que mantenían viva la lumbre del último cigarrillo. Pintores, escritores, cantantes, poetas, saltimbanquis, bailarines, actores, escultores, pintores, pensadores y muchos, muchos vividores formaban parte de nuestro séquito vampírico, chupando nuestra sangre, energía y dinero.

Supongo que fue el precio de la vida eterna lo que mató nuestra relación. Y lo digo con regusto amargo en la garganta, puesto que, al final, esa experiencia me sirvió para modernizarme y estar al día de las tendencias alternativas que hacían a un negocio funcionar. De no haber sido por Lorraine, mi siguiente aventura jamás habría tenido el éxito que me catapultó más lejos y más alto en mi vida.

Como no soy una persona desagradecida, confesaré que entre esa mácula de personajes con las que compartí pocos días -pero demasiadas noches- durante ese pantanoso período de mi vida, algunos me demostraron ser capaces de crear en vez de croar su fanfarrona canción en el micrófono de los vasos. En ellos confié después para presentar sus obras en mis primeras exposiciones. A mí me habían dado un nombre y se lo devolví por duplicado con renombre.

Dejé a Lorraine en la luna y salí con de sol de Mariana, rumbo al país de la cerveza, para mezclar la veteranía de mis vivencias con su proyecto empresarial en un delicioso cóctel organoléptico. El hombre de escenario y tablas de taberna junto a mi cerebral compañera, convirtieron un bar en teatro

del arte, fundando una galería bien colorida y atrevida donde ella servía cerveza artesanal con comida fría. Tal idea vino a su mente cuando, el día que me rescató, vio mis fosas nasales arrugarse con el inefable aroma a filete empanado con patatas –o agria ensalada- al pasar frente a un restaurante. El desagradable olor inspiró a mi nueva compañera a cambiar de aires y fusionamos la oscuridad de la noche con la claridad del día en la paleta de un establecimiento abandonado al que bautizamos como a un brindis en la fiesta de apertura.

Después, las celebraciones pagaron la cuenta y se marcharon, dejándonos con trabajo y sin sudor durante los primeros meses. Las deudas se convirtieron en las pesadillas de nuestro sueño. Teníamos la sala yerta de compradores y una cola en la puerta de acreedores. Pero Mariana tenía cabeza para las soluciones. Llamé a aquellos que podía considerar amigos del país de las ranas para que presentaran sus obras. Uno a uno, nos dieron impulso hasta que, por fin, saltó el corcho de la botella del éxito, cuyo líquido no parecía agotarse jamás. Nuestro amor recuperó fuerzas. Nada podía enturbiar nuestra felicidad. La televisión se hizo eco de nuestra propuesta y la fama pasó de local a internacional.

Hasta que un día, extraño día diría, entró en la sala una chica con intenciones de ligar. Ya estaba acostumbrado a lidiar con cazadoras de fortunas, pero ésta era distinta. Mis cuatro extremidades sobrenaturales se encendieron a la vez. ¿Qué significaba eso? Su estrecha barbilla y voluminosa frente semejaban a una peonza, girando y girando, enturbiando mi cabeza. Sin embargo, el mar de sus ojos tenía algo familiar. Azorado por no ser capaz de dar con la respuesta, busqué comprensión entre los brazos de Mariana. Despedí a esa desconocida, y aún así cercana, con un rápido apretón de manos. Luego bebí una cerveza que me supo a sal.

Esa noche, Mariana me preguntó por ella.

—No sé quién es.

—Pues ella parecía conocerte muy bien.

Acabé la semana con la certeza de que Mariana me había dado un presente pero no un futuro. Un océano de inquietudes estaba a punto de ahogarme y ni siquiera luchaba por nadar. Cuando mi cabeza me avisa de que se avecina un cambio, me dejo llevar. Así que cambié el próspero negocio y a una estupenda mujer para irme a vivir junto al mar.

Cap. B-1

Necesito fumar. ¿Tienes un cigarrillo? Gracias... Pues sí, recuerdo a Mr. Flowers bastante bien. No siempre tiene una la suerte de liarse con un famoso, ¿verdad? Cuando lo conocí en el país de las verdes landas ya era popular, aunque, claro, ni mucho menos como ahora. Pero sigue manteniendo ese porte que tanto nos fascinó a todas. ¡Y sus piernas! Mis compañeras y yo íbamos a verlo jugar solamente para disfrutar de esos musculosos y robustos muslos que se tensaban como los de una estatua cada vez que disparaba a puerta. Pero no era muy buen futbolista, ojo. La mitad del tiempo estaba corriendo por el campo sin rascar bola. Aún así, no nos perdíamos ninguno de sus partidos, animándolo y comiéndonoslo con gula.

Cuando nos enteramos de que no tenía novia, me adelanté al resto para dejarlas fuera de juego. Yo ya había estado antes con chicos y éste era primerizo. Quedé casualmente con él una tarde y regateé a sus amigos con bastante facilidad. Ellos andaban revoloteando detrás de mí. Por aquel entonces, yo tenía morbo e incluso me sentía atractiva. Ahora, no. ¡Mira mi cuerpo! Echado a perder con los años y la juerga. A lo que iba, que no faltaban pretendientes. Sin embargo, a él lo respetaban demasiado como para meterse en medio. Después de una excursión al pueblo de la bolera, cogimos el tren de vuelta a casa y le pedí que me acompañara hasta casa. No hacía frío, pero temblé a posta para que se dejara abrazar. Su cuerpo palpitaba con el nerviosismo del novato a mi lado. ¡Y qué mal disimulaba al bajar la mano! Por dentro me reía. Iba a ser tan fácil...

Confieso que me encantó nuestro primer beso. ¡Coño! ¡Yo fui su primera! La cantidad de veces que habré triunfado años después contando esa anécdota. Puedo decir que toda mi vida amorosa se la debo, en gran parte, a haberlo conocido en la adolescencia. Aunque también maldigo de vez en cuando esa suerte. Nadie quería estar conmigo sino con el fantasma de Mr. Flowers. O tal

vez lo explotara demasiado en lugar de mostrar mi verdadera cara. Alguien se habría quedado más de un año. Ya da igual. He disfrutado como una enana y eso nadie me lo va a quitar, ¿a que no?

Como novio era paradito, timorato, demasiado, ¿cómo decirlo? romántico. Eso sí; me hizo sentir como a una princesa. Pero la que nació para villana, a la corte no llega. Mi hermano, Azul -sí, a mi familia le gustaban los colores-, se avergonzaba de mi estilo de vida y no mantenemos apenas contacto. Se parece mucho a Mr. Flowers, ahora que lo pienso con detenimiento. Cariñoso, amable, sensible... Vamos, un tipo aburrido, ¡ja, ja, ja!

Si rebobino la memoria, hay un momento que siempre recuerdo cuando me siento triste: los paseos por el puerto. Nos sentábamos sobre un pequeño muro de piedra, con los pies colgando sobre las rocas de la ensenada, viendo entrar a los grandes barcos de carga, aventurando su procedencia mientras el sol se sumergía lentamente en el horizonte. Acercaba mi sien a su hombro y él me acariciaba el pelo y la cara, regalándome besos furtivos que yo amarraba con la lengua.

Pero, como dije antes, era muy paradito para mí. No le veía intentando llegar a más. Y eso que yo era -y sigo siendo- fácil. Siempre me han gustado los hombres y no me he cansado de obtenerlos. No me arrepiento. He sido feliz de poder disfrutar de guapos, ricos y monumentos. Hasta le puse los cuernos con un amigo suyo. Nunca lo supo. El causante tenía más miedo que yo a que se enterara. Y también estuve con otro; un vecino que me esperaba por las noches para hacer las diabluras que éste no se atrevía. Santa ni soy ni quiero. Fue uno más en mi lista de conquistas de Navidad, al fin y al cabo. Pero, a pesar de todo, no puedo olvidar esos ratos que compartí con él frente al puerto. Desde entonces, cuando voy a la playa, me siento en una terraza y me emborracho sola, rememorando un instante de amor como si fuera un sueño.

Cap. B-2

Nada bueno tengo que decir de ese engendro al que llamáis Mr. Flowers. Sí, fuimos amigos, por desgracia, pues su nombre me ha perseguido como una maldición gitana desde que me lo presentaron en el país de la lana. Julia, maldita zumbada, tuvo la culpa de integrarlo en nuestras vidas.

¿Que cómo era? Al principio, lo que a todos os engaña: un tipo sensacional, carismático, entretenido y con don de gentes. Justo de lo que yo carecía. Porque, desde que nací, he sido guapo (no hay más que verme) y pensaba que con eso me bastaba para ligar. Pero mi carácter espantaba de malos modos a toda aquella que se me acercaba. Pensaba que me hacían burla o que se mofaban de algún defecto. También soy bastante quisquilloso; planté a una cita que conseguí gracias a él porque se presentó calzando botines blancos. ¡Qué poco gusto, por favor!

Yo sabía por qué estaba a mi lado; le abría las puertas al ganado femenino. Por ahí va diciendo que es un romántico. ¡Mentira! Le gustan las mujeres más que un plátano a un mico. Tendríais que haberle visto cómo babeaba cada vez que esculturales modelos se le arrimaban... Solamente le hablaban para que me presentara a mí, su verdadero objetivo. Pobrecillo, cómo se le partía el corazón al pasar todas de él.

Cuando empezó a salir con Julia, me puse muy contento. Dejaba libre a Rebeca, su hermana. ¡Qué buena que estaba y lo estrecha que se ponía cuando intentaba algo! La cobra, la apelaba. Este tipejo por el que me preguntáis se sentía incómodo cada vez que le preguntaba qué hacer para ligar con ella. Me ponía de los nervios. Valiente amigo te considerabas. ¡Hermano me has llamado! Hasta que descubrí que ese niño caprichoso, ese Caín estaba enamorado de la hermana equivocada. Pensé en partirle la cara. Luego reflexioné y encontré otra manera mejor para hacerle daño.

Quedé con Julia para contarle sus verdaderos sentimientos. A sabiendas de que estaba mal de la chaveta, no me costó transformarla en basilisco con un par de copas y un incentivo. Cuando los vimos, los dos negaron que hubiese algo entre ellos. ¡Cobardes, mentirosos! Julia dejó de hablar a su hermana, se puso más agresiva con Mr. Flowers y yo, frotándome las manos desde la distancia. ¿Lo querías todo? Te regalo la nada.

Al final se fue del país de la lana. ¡Y que no vuelva a verte! Para mi desgracia, Rebeca se separó también de su hermana y de nuestro grupo de amigos. Me esforcé mucho por localizarla, sin resultado. Había cavado bien profundo su hoyo. Así que Julia y yo nos liamos. Duró poco, como sucede con todas las cosas que se hacen por despecho. Mi empresa me trasladó al país del

laurel, donde conocí una noche a una imponente mujer llamada Dafne. Mira tú por dónde, teníamos algo más en común que un atractivo cuerpo. Compartimos una botella, desengaño y taxi para acabar limpiando las penas en su cama. Pero para mí era vieja. No tengo arrugas ni en la ropa. Aprovechando que estaba dormida, me vestí en silencio y me largué.

Tras varios problemas en la empresa, me destinaron al país de las liebres, donde conocí a mi esposa, Ana. Tuvimos dos hijas y me veneraba. Hasta que un día, aciago día donde los haya, salió la cara de ese Judas en la pantalla de la televisión. ¡Qué asco!, dije. Pero Ana le ponía ojitos. Su padre me dijo que lo conocían de cuando era niño. ¿Es posible que mi familia me diera la espalda? Herido, me inventé una ficticia reunión de negocios para librarme del maleficio florido. Al regresar, me encontré en casa a unos abogados. Ana quería el divorcio. Para ella la perra gorda. Ese hogar ya estaba contaminado por el roce del traidor. Otra persona encontraría que me alejara por siempre de ese dolor.

Cap. 5

Mientras remojava mis pies en las cálidas aguas de un océano austral, adaptaba el cuerpo a los nuevos horarios emocionales y circadianos con la fuerza de Coriolis. Los días mutaban en noches en este lugar de pintorescos paisajes y extraños animales.

Durante el día, paseaba por la ciudad o hacía una breve excursión campestre por el país de la sal. Y digo lo de breve porque no me gustaba estar alejado demasiado tiempo del mar, la verdadera razón de que pisara esas costas. El bucólico oleaje sonaba a nana melancólica en mis oídos, una lenitiva canción que apaciguaba mi desazón. Supongo que después de tanto tiempo relajando a la gente con mis manos, la naturaleza se encargaba ahora de curar mi corazón.

Podría decir lo mismo del vino. Todas las noches me sentaba a disfrutar de una frugívora cena con la fruta de la vid y los frutos del mar, sentado en una moderna terraza en la playa, viendo el tiempo pasar, como dice la canción. Aspiré fuerte el aire a salitre, abriendo mis fosas nasales lo máximo que podía para que el olor oceánico penetrara en mis pulmones. Sí; ese aroma cargado de recuerdos servía de postre a mi paladar.

Uno de esos vésperos en los que los rayos del sol se arqueaban para cubrir de rojo la bóveda celestial y los dondiegos importados para decorar las macetas cerraban sus pétalos, escuché cómo la arena se quejaba irritada al surcar las patas de una silla su dorada espalda. La oscura cicatriz pronto coaguló con pequeñas piedrecillas que, alegres, rodaban como en un tobogán. Alcé mi abstraída vista y la copa para saludar a una mujer cuyos cabellos compartían color con mi bebida. Ya que estábamos solos y yo reprimido voluntario de vida social, le hice una seña al camarero para que anotara en mi cuenta una excusa para charlar.

—Es usted muy amable.

Me pidió permiso para sentarse a mi lado y, con elegante cortesía, me levanté para acercarle un asiento. Su nombre era Nancy y recientemente se había sacado el título de profesora de submarinismo. Me habló de la magia que se esconde entre los dedos de los corales, de la tranquilidad que sentía al nadar dentro del líquido amniótico de la matriz de la Madre Tierra, de los innumerables habitantes que pululan zigzagueantes en el mundo abisal.

—Una vez que entras, no quieres salir.

Tal vez allí abajo se encontrara la razón que me había empujado hasta el país de la sal. Esa fuerza insondable quería introducir el vacío que sentía bajo el cerúleo manto de su reino para descubrir la cuna de la infancia. Nada y niño empiezan por N, como Nancy, no por casualidad.

Al día siguiente, por la tarde, realicé mi primera inmersión. Los peces jugueteaban alrededor de mi cuerpo y yo los acariciaba, calmando su nerviosismo vigía de depredador. Descubrí que no me hacía falta botella de oxígeno para respirar bajo el agua. Ese sorprendente poder fue el primero de tres cosas que nacieron en el océano. El segundo, durante la cena. Nancy y yo hablábamos en nuestra terraza, observando desaparecer la playa con la plenamar, cuando surgió el pleno amor. Nos besamos. Varias veces. El pábilo de la vela aleteó sordos aplausos de fuego sobre la mesa. Tiramos el vino a la arena y pedimos una botella de champán. Los sonrientes camareros acudieron solícitos para felicitarnos.

Con la cabeza ligera y el corazón desbocado, alquilamos un coqueto bungaló para dar rienda suelta a la pasión. Recorrí cada poro de su cuerpo, de su piel fermentada por el sol. La humedad empapó cama y cuerpos y optamos por un plan mejor: sumergirnos en el océano para hacer el amor sobre un lecho de corales hasta que saliera el sol.

Como dije, un tridente de cosas nació bajo el mar. Nancy se quedó embarazada, fecundada por las aguas de Poseidón. Nueve meses más tarde, regresamos al mismo punto al rayar el alba. Apretó fuerte su mano contra la mía cuando nuestro fruto del mar amoldó las fontanelas para saludar a la vida. Ambas sensaciones fluyeron como un tsunami por todo mi cuerpo. Y pensé si el mar era tan salado por las lágrimas de todos esos padres de la antigüedad que lloraron de felicidad, como yo, al ver a su vástago aflorar.

Cap. 6

Ser padre se convirtió en el trabajo que no tenía mientras los cursos de submarinismo nos permitían vivir con cierta holgura. Nancy era una afamada nadadora y cada inmersión la llenaba de felicidad, pues contaba con más amigos bajo las olas que sobre la dura y seca tierra. Tanto la quería el mundo submarino que un día no volvió. El reino de las aguas reclamó para siempre a su monarca. Aeroembolismo, dijeron los médicos. Mentira; sabía que había logrado su objetivo de convertirse en sirena.

Me marché con el recién nacido lejos, muy lejos, huyendo de la tumba acuosa del país de la sal. Decidí que Elmo -llamamos así a nuestro hijo porque nació cubierto de la sangre de su madre y parecía un conocido muñeco de televisión- siguiera los pasos de la humanidad. Al igual que los primeros mamíferos, el mar fue su matrona, pero la tierra su verdadero hogar. Nos asentamos en donde las rodillas del planeta se doblan, el país de las jirafas. Un lugar en desarrollo para que Elmo se pudiera formar.

De nuevo empleé mis preciados dones para salir adelante. Ejercí de curandero con mis manos, ganándome el cariño y respeto. Volví a tomar contacto con el país de la cerveza, la antigua galería que había montado con Mariana. Ella había vendido el negocio, pero mi nombre seguía siendo sinónimo de éxito y seriedad. Promocioné a varios artistas locales y, como ya sabéis, ésa fue la razón que haya un toque de ese continente en vuestras casas. Pero no puedo atribuir a mis esfuerzos todo el mérito de que saliéramos adelante. Faltaría a la realidad. Otra persona se encargó que el pequeño Mr. Flowers creciera sano, que no le faltaran cuidados y que recibiera una estupenda educación. Estoy hablando de Olayinka, que como bien dice su nombre en yoruba, era un tesoro de mujer, pues estaba rodeada de riqueza.

Olayinka se convirtió en madre y esposa para los dos. Sí, me casé. Tendríais que habernos visto, con esas llamativas máscaras y escasas prendas, iluminados por los fuegos tribales, temblando nerviosos por la emoción. Los bailes rituales me transportaron a una época antigua por olvidada -¿serían mis pies los culpables?- y a descubrir nuevas sensaciones paranormales. Podía entender sin problemas la incomprensible lengua que hablaban en estos lares. ¡Basta de rimas! Realizamos nuestro enlace con el ojo de la luna como testigo e iniciamos nuestra nueva aventura hasta que... Necesito detener la narración. Afloran muchos sentimientos al recordar ese periplo. Olayinka enseñó todos

los principios que Elmo posee ahora: la dulzura, el respeto, el amor a la vida y el secreto de las plantas medicinales. Ahora es un reputado médico gracias a ella. Pero también nos advirtió de que la jungla escondía peligros.

Mi labor de ayuda exportando arte llamó la atención de una organización no gubernamental que se interesó en nuestro proyecto y mandó a unos voluntarios a echarnos una mano altruista en la región. Construyeron escuelas y sistemas de irrigación que potenciaron la agricultura local. Montaron equipos de purificación de agua que depuraron las sucias aguas de los ríos para su mejor aprovechamiento. Y, por supuesto, llegaron las tan anheladas medicinas que redujeron la mortalidad infantil.

Pero, como me advirtió mi esposa, la selva guardaba con celo sus riesgos. Una noche, una serie de tribus rivales entraron en una de las aldeas donde trabajaba la ONG, amparados por la oscuridad y el sueño. Brillaron los machetes, tiñéndose de sangre humana y animal. Las estructuras recién construidas fueron arrasadas con la furia del elefante. La lengua del fuego lamió las paredes de casas y construcciones hasta dejarlas reducidas a cenizas. A la mañana siguiente, las grandes y gordas moscas eran los únicos seres vivos que quedaban.

Ese suceso hizo que buscara la seguridad de las murallas, barreras que poco a poco me fueron separando de Olayinka. Tal vez fueran los muertos, las serpientes, los grandes depredadores o los alacranes con su letal aguijón lo que me convirtió en un celoso guardián de Elmo. Nos mudamos a la capital, donde las guerras territoriales se reducían a ciertas zonas barriales. El gobierno se negaba a resguardar la seguridad de los voluntarios. Por ellos, que se mataran cuanto antes. El ejército impedía golpes de estado y no había más que hablar.

Entonces tomé la decisión de regresar con los componentes de la ONG a mi continente. Querían que una celebridad diera testimonio de lo que allí sucedía. Mi nombre podía influir en la opinión y reacción de los ciudadanos. Olayinka me animó para que aceptara su oferta. Se despidió con un beso y sostuvo a mi hijo, nuestro hijo podría decir, entre sus brazos hasta que llegó el taxi que me conduciría al aeropuerto. Ella no podía abandonar a su tribu, a su raza y se quedó, como una estatua, siendo el pilar ceremonial de su pueblo.

Cap. 7

Tras un largo y escalado vuelo, cambiamos el calor tropical por el frío nórdico del país de las nieves. Elmo perdió todo el moreno de su corta infancia de golpe al llegar a estas glaciales tierras donde los hombres viven entre lagos. Su curiosidad se acrecentó al descubrir que aquí la arena era blanca y entumecía sus deditos si no los protegía con robustos guantes de piel forrada. Una vez asentados, nuestros nuevos amigos de la ONG nos acompañaron de visita a la parte septentrional de estas tierras inhóspitas. La cara de fascinación del pequeñuelo se iluminó al ver nuestro alojamiento.

—¡Papá! ¡Está construido de adobe blanco!

Reí con su ocurrencia. No hay nada más hermoso que ver la felicidad dibujarse en el rostro de un niño. Tan pura, tan noble, su fina piel no acumula traumas del pasado. Sin embargo, aún le quedaba por ver el más bello espectáculo que uno puede contemplar en la vida. Cuando se escondió el sol, pobre fuente de calor en estas latitudes, salimos de nuestro refugio de hielo para ver ese baile fantasmagórico llamado aurora boreal. El luminiscente manto de la diosa del amanecer, agitado por el viento polar, refulgió de verde, rojo, blanco y morado sobre el horizonte, iluminado por una candente luna y los infinitos ojos del universo. Su sensual contoneo, apareciendo, escondiéndose y flotando sobre nuestras cabezas reflejaba su espectacular gama cromática sobre la fascinada cara de mi vástago. Yo veía chorros de color, fuego de pintor expresionista que empleaba el lienzo de la noche para dar rienda suelta a su furiosa locura. Curiosamente, nuestros ojos eran capaces de percibir la colorida luminosidad que el resto veía en blanco, sin la ayuda de una cámara para disfrutarla. Sentí estremecerse el cuerpo de Elmo bajo mi brazo y regresamos a ese niveo castillo para ver dormidos lo que habíamos soñado despiertos.

Mi colaboración con la ONG me llevó a algo más que conferencias y charlas en público. Lejos me parecía ahora ese mundo con la temperatura reinante en la calle. También escribía en un blog mis experiencias en la tierra de las jirafas. Los textos se los pasaba al encargado informático, un chico gay llamado Christian, cuya amabilidad y simpatía eran parejas a la mía. No tardamos en hacernos amigos. Recordad que yo me matriculé en Arteconomía e Informática en el país de las colinas. Bien cierto era que llevaba tiempo alejado del tema tecnológico y me hacía ilusión actualizar esos conocimientos

oxidados por vaguería. Christian era ingeniero informático y una de esas personas que siempre encuentran un hueco para echar un cable o para liarte, tal y como sucedió tras una charla sobre cachivaches y lenguajes de computación donde aburrimos a los renos que pastaban al borde de las carreteras.

—Te tengo que presentar a una amiga. Os quiero a los dos mucho y me gustaría hacerlos pareja.

Agradecí su intención, pero no sabía si estaba preparado para conocer a otra persona todavía.

—Va a ser que no; ya os he preparado la cita... ahora.

Sin tiempo para protestar, la puerta estornudó viento de nieve para que el abecedario diera pie a la P de Pernille, una atractiva mujer, segura de sí misma -aunque algo arrogante-, vistiendo de riguroso negro aterciopelado y un maquillaje que esculpía más que marcaba su duro rostro escarchado. La princesa de las nieves me miró con cierta displicencia y se sentó al otro lado de la mesa. Ese tiempo tan abrupto congelaba hasta los sentimientos. Ni el crepitar de la chimenea quebraba su indiferencia. Christian, mi truhana celestina, pidió más vino para llenar nuestros vasos, brindar, apurar su bebida de un trago y excusarse un minuto para dejarnos solos. Ella encendió un largo y fino cigarrillo. Cada humeada cubría de gris aurora *nicotinis* mis palabras. Pernille parecía disfrutar con este juego de romance forzado. Aun temblando y nervioso, opté por sincerarme. Le conté la trama que su amigo había orquestado, dejándome con un violín sin partitura en las manos.

—Me caes bien, tranquilo. No me molesta tu compañía. Si sabes tocar, improvisa.

Aquel susurro sonaba a aullido lejano. Difícil distinguir si de lobo o urogallo. Pero como nada que perder tenía, solté lo primero que pasó por mi cabeza: lo rápido que parecía pasar el tiempo en el país de las nieves después de vivir en sitios chamuscados.

—Es cierto; parece que llevas horas hablando.

Pernille saboreó su respuesta mojando sus labios en vino, labios finos como cuchillos que ahora se manchaban de sangre. Irritado, pensé usar la magia de mis manos para derretir a ese carámbano de mujer. En su lugar, y me avergüenzo, decidí emplear a mi hijo para invocar a su espíritu maternal, acaso existiera uno bajo ese pecho.

—¿Te ha dicho Christian que tengo un hijo?

—Francamente, cielo, si decido estar contigo, tendré dos.

En mi interior sentí la hermosa punzada del sarcasmo hurtándome un latido. ¿Así se roba un corazón?

Cap. C-1

Muchas veces siento pena por ver cómo se echó a perder. Podía haber sido alguien importante en lugar de influyente. Ojalá lo hubiera matado bien ese día en el museo. Mi padre pagó los gastos del hospital y así se lo pagó él luego. Valiente desagradecido. Nunca supo adaptarse al juego de nuestra sociedad.

El primer día de universidad, se sentó a mi lado. Su ropa evidenciaba una clase social inferior. Pero noté su arrolladora personalidad. Imponía su criterio, era un líder de masas nato, de los que en mi mundo dirigen las altas esferas. Como yo lo veo ahora, estábamos en la edad de hacer cosas bohemias, lo que hacen los pobres con tal de parecer importantes, la vulgar etapa de rebelión adolescente. A pesar de todo, mi familia me había inculcado una serie de valores, por lo que le arrastré a mis ideas políticas, al valor del dinero y del poder por encima de los sentimientos. Conseguí que se vistiera como el resto de mis amigos y no como un campesino venido a más. Refiné sus gustos, sus modales y hasta su forma de hablar. Una vez logrado todo esto, mi cuerpo le dejé tocar.

Pero todo lo cambió esa maldita estatua de bronce. De futuro caudillo, de potencial dirigente, se transformó en un salvavidas, compadeciéndose por los demás. De petimetre pasó a ~~mequetrefe~~. Tacha, tacha esa palabra. No me gusta. Suena muy vulgar. Y todo por culpa del caballo. Por favor, no me creáis tan rústica como para hablar de la droga. Una noche fuimos a cenar a la mansión de unos amigos de mi familia. Nos habían invitado para festejar el ascenso de mi padre. Su fulgurante carrera militar empezaba a tantear la política y esta gente sí que sabía a quién tenían que tratar bien. Cenamos de maravilla. Tanto, que casi nos costaba respirar al terminar. Bebimos el aguardiente nacional y cantamos canciones tradicionales como en Navidad, rodeados de cuadros que demostraban un pobre conocimiento artístico. Imitaciones de pintores flamencos. Más les valdría haber puesto una foto del

pájaro.

Su casa no estaba muy lejos de la de mis padres. *Os acercamos en coche,* nos ofrecieron. *Muchas gracias, pero preferimos andar, ¿verdad, querido?* Tenéis que saber que en estos pueblos se puede salir a la calle de noche sin miedo a ser atracada por inmigrantes. Además, un paseo nos vendría bien para hacer la digestión. Un rato después, me alarmé al notar que el sudor me manchaba la ropa. Le pedí que parásemos. Faltaba un generoso trecho y le propuse regresar a la casa para llevarnos uno de sus caballos del establo. Mañana mandaré a alguien que se lo devolviera con una nota de agradecimiento.

Tal vez fuera la pantagruélica comida, el espíritu del aguardiente o que no sabía montar lo que hizo que se hiciera de lado antes de que el caballo se pusiera a trotar y cayera como Vronsky, fracturándose el tobillo. Dichosos huesos. Me hizo perder la oportunidad de entrar a trabajar en esa famosa empresa de la que ahora, como sabéis, soy su presidenta ejecutiva y me va fenomenal.

En fin, que ya me cansa hablar de Mr. Flowers. Si hubiera sabido algo de las artes ecuestres, no se habría desplomado en el museo cuando me choqué con él y luego le cayó la estatua de bronce. El hospital nos dijo que no había sufrido daños neurológicos de relevancia. Pero notaba algo raro, algo distinto en él. No podéis ni imaginar mi dolor cuando vi que se había hecho bondadoso. No podía continuar al lado de una persona así. Me merecía algo mejor en la vida. Así que lo ignoré el resto de la carrera y el memo se marchó al país de las colinas. ¡Qué alivio! Más adelante, encontraría a un varón de verdad: alto, guapo, adecuado aunque no perfecto para convertirse en mi marido, porque estaba divorciado. Eso le restaba pureza. Menos mal que compartíamos dos cosas fundamentales: la ambición y un odio en común hacia la misma persona. Si no, no le hubiera dejado que me comprara este anillo de diamantes que ahora podéis admirar. Es bonito, ¿a que sí?

Cap. C-2

Os voy a contar cómo conocí a Pernille. Un día, que yo venía de la peluquería después de arreglarme mi peinado *spiky* -lo reconozco, soy un adicto de la estética-, entré en la ONG para subir los textos al blog de mi amigo Mr. Flowers. Y allí estaba ella, recién contratada para aportar su experiencia en la organización de eventos. Me pareció una chica divina, con poder en la presencia y elegante gusto en su vestuario. Mi forma de ver la vida y la imagen contrasta mucho con el resto de la gente que trabaja aquí. Son un encanto de personas, pero tanta pana me empana. Y ella era la única urbanita que había visto dentro de estas paredes en años. *¿Directora de eventos?* le dije. *Ven, que esta noche vas a salir conmigo.*

La que montamos. Quería morir al día siguiente. Mi cabeza era un bucle de errores durante su reseteo y tenía el cuerpo en Pentium I. Pero qué bien nos lo pasamos. Reclamó de nuevo mi compañía para el fin de semana. *Vale, nena, pero esta vez más tranquilos, que contigo empiezo y me olvido.* Quedamos en un café y charlamos de nuestras vidas y gustos durante horas. Luego la llevé a un club de alterne llamado "Aurora" y me acordé de Mr. Flowers. A gritos entre la retumbante música, le hablé de lo tierno y emocionado que se había puesto al relatarme su experiencia en el norte. *Parece un hombre interesante, por lo que he oído hablar de él,* me contestó. Lancé una inquisidora mirada para ver si algún gesto, mueca o sonrisa desvelaba un significado oculto entre esas palabras. Nada. Su rostro inflexible ni reaccionó. Eso en estas tierras significa algo. Y como soy una lianta, organicé una cita a ciegas para que se conocieran.

Tenía razón. Se gustaron. Mucho. Lo vi todo desde la barra del restaurante, oculto por la columna. Porque me gusta espiar. O, mejor dicho, ser un *vouyer* social. El juego de observar sin ser observado despierta una adrenalina morbosa en mi interior. Pero no soy ningún perverso. No soy de los que se dedican a mirar las ventanas de sus vecinos para cazar algún despiste corporal. Lo mío es más bien una labor detectivesca, un querer saber qué hay debajo de la máscara y no de la vestimenta. Os voy a confesar un secreto. Una de mis pasiones ocultas, aparte de salir y montarla, es la de introducirme por la puerta de atrás de las webs de las empresas que no me caen simpáticas para buscar sus trapos sucios. Sí, soy un *hacker* marica. Mari-Hari. Y a mucha honra, guapas. Pero cuando te dedicas a este tipo de actividades, vives con una constante paranoia en tu cuerpo. Cada vez que ligo con alguien, vamos a su casa y, si te he visto, no me acuerdo. Tengo miedo de que sea un espía o un sicario de esos organismos a los que me autoinvito a investigar.

Sin embargo, mi emboscada debilidad, tapada a los ojos de todos, la desveló Mr. Flowers. *Ten cuidado; has dejado un puerto abierto en tu ordenador al actualizar los textos que puede abrir una ruta a otras actividades alternativas.* Ya veis; aún oxidado seguía siendo bueno. Y no hablo de sus conocimientos informáticos, sino de su actitud al desnudar mi vergüenza privada. No se enfadó ni me puso mala cara. Me tocó con sus manos en la coronilla y perdí al momento el interés en las sombras. Hace años que salí del armario por mis medios, pero Mr. Flowers me ayudó a salir a la luz. Y eso provocó el estallido de una guerra. Como os dije, cuando salgo, la monto bien.

Cap. 8

—Tu amigo nos está mirando.

Pernille se giró sobresaltada. Nos estábamos entregando el uno al otro en su coche de madrugada, frente a las puertas de mi hotel, viendo pasar sombras de huéspedes difuminadas a través de los empañados cristales. Una actividad demasiado juvenil para dos personas adultas, que resultaba el doble de gratificante a esa edad. Del cénit de la pasión pasamos al nadir del peligro. Ella oteaba con ojos de ciego a su alrededor y yo le señalé su figura sobre el espejo retrovisor. No había duda; se trataba de Christian. Y nos entró la risa. Enturbiamos lo que quedaba de transparencia en los vidrios a base de besos y de humeantes tocamientos. La estatua de hielo por fin se derretía.

Al día siguiente, después de compartir desayuno con Pernille y el pequeño Elmo en la habitación, lo llevamos al colegio antes de pasear juntos al trabajo. Nos distrajimos durante el camino hablando sobre nuestro amigo en común. La hice partícipe de mis sospechas de que Christian ocultara algo más que curiosidad bajo su afable y peculiar fachada. Al fin y al cabo, todos guardamos secretos en nuestro interior. Y el de un informático se halla en su disco duro. *Vamos a jugar a un juego*, me propuso. No era mala idea y muy ingenioso su plan. Me acerqué hasta su mesa para desvelarle un fallo de seguridad que yo mismo había dejado, por Pernille aconsejado. El halo de su cuerpo cambió de color ante mis ojos. Aproveché el momento para darle paz a su conciencia. Confesó su secreto, dejando en evidencia a un noble corazón justiciero pero tembloroso. Antes contaba con su cariño. Ahora confiaba en mí como un niño.

A medida que pasaba el tiempo, los tres comprobamos que las losas de la senda política estaban adoquinada sobre embarrados suelos. Los cambios en el país de las colinas, allá donde cursara mis estudios universitarios, agitaban la paz cordial del resto del mundo con su jingoísta discurso. Una famosa

empresa de esas tierras aportaba mucho dinero a nuestra causa, lo que levantó sospechas por parte de la Seguridad Nacional. Así conocí al coronel Darío. Hombre de pelo cano, mirada firme y todo lo que supone ser militar. Sin embargo, su aura era mansa, como la de una vaca. Una vez comprobada que nuestra vinculación con la famosa empresa no resultaba perjudicial para el país de las nieves, se despidió educado, solicitando colaboración en caso de ver algo raro.

—Hay algo raro.

Christian entró en mi despacho después de que se marchara el coronel Darío. Había estado espionando nuestra conversación. No me hicieron falta mis poderes perceptores para adivinar que algo inquietaba a mi amigo. Cerró la puerta, se sentó y me dijo la frase que habéis leído antes. A bocajarro, sin florituras, con honestidad. Bajé la pantalla de mi portátil. Le pregunté qué había visto, preocupado de estar involucrados en la beligerante atmósfera mundial.

—Nada

¿Nada? ¿Tanto drama para nada? *No, no me has entendido.* ¡Qué tonto había sido! Si una persona como él no encuentra nada, es que hay algo tan bien protegido que elude a los espías informáticos. *Si llamo al coronel, ¿le dirás lo que me acabas de comentar?* Negó repetidas veces con la cabeza. Dejaba en mis manos la decisión de tomar medidas al respecto porque se sentía más seguro al margen de la notoriedad. Era demasiado pronto para que diera un paso tan grande y le aseguré absoluta confidencialidad.

Por otro lado, Christian había formulado una interesante cuestión moral. ¿Estaba yo dispuesto a implicarme en esa historia? No era mi país, no era un asunto de mi incumbencia. Todos, al fin y al cabo, somos como Christian y tenemos algo que proteger con nuestro silencio o inactividad. Eché un vistazo rápido a la fotografía de Elmo que decoraba mi mesa, buscando una respuesta en sus juveniles ojos. ¿Qué debería hacer, hijo mío? ¿Huir y cambiar, como de costumbre, o quedarnos y arriesgarnos a perder la única vida que tenemos en este juego?

Afortunadamente, contaba con la claridad de otra mente. Pernille me hizo entender que, después de haber visto los frutos de la guerra en el país de las jirafas, no podía ser partícipe ciego de otra cosecha semejante y que lo primordial era salvar a mi hijo de la barbarie humana. Demasiados entierros había vivido ya para su corta edad. En mis manos estaba que hubiera más auroras que velatorios en su camino.

Llamé al coronel y nos reunimos en su casa, una magnífica mansión castrense custodiada por gansos guardianes de batientes picos. Yo también abrí el mío. El coronel Darío se rascó la cabeza, pensativo. Había que encontrar una manera de colarse en sus archivos para saber cuál era la causa de ese olor a podrido.

—Tengo una idea. Pero necesitaré medios.

El recto soldado analizó mi propuesta durante un rato. Parecía inviable, un esfuerzo imposible, de locos, crear ese invento. Le aseguré que conocía a la persona indicada y, con un apretón de manos, me dijo que de acuerdo. Christian se puso a trabajar de inmediato en mi proyecto para fabricar un localizador de señales de aparatos móviles que robara las contraseñas y así, poder sacar la información desde dentro. En otras palabras, acceder al corazón de sus servidores desde la calle a través de las bandas de gigahertzios. Cada dispositivo interno se convertiría en repetidor, hasta localizar al que ejercía de Cerbero en ese reino de Hades. Una vez identificado su nombre, podríamos acceder a él sin dificultad aunque no estuviera conectado o encendido.

Durante un par de meses, vivimos dentro de un almacén abandonado en las afueras, rodeados de los materiales que el ejército nos había facilitado. Para rebajar la presión que nos rodeaba, nos lo tomamos, una vez más, como un juego. Cometimos muchos errores e inventamos graciosas aplicaciones que dejé que Christian posteriormente patentara. Hasta que, por fin, resolvimos el Enigma.

Cap. 9

Lo que sacamos de la famosa empresa abrió la P de la operación Pandora, provocando el estallido de una guerra que, finalmente, ganamos. Pero yo perdí a Pernille. Mis labores de inteligencia militar durante el conflicto exigieron todo mi tiempo, tiempo dedicado a la muerte y no la vida, tiempo que caía

como el agua de una clepsidra hasta dejar nuestra relación vacía.

Mientras el país de las nieves celebraba la victoria, engalanando las calles con banderas y vítores, Elmo y yo nos embarcamos en el superautogiro. El coronel Darío me había recomendado para el puesto de embajador, premio evasivo tras los servicios prestados en la batalla entre Ares y Marte. Acepté emocionado la responsabilidad y me despedí de Christian con un fraternal abrazo. Al iniciar el trayecto, Elmo se fijó en la cicatriz de mi pierna, de cuando me caí del caballo y la recorrió de arriba abajo con su dedo. Me preguntó por qué razón no la había hecho desaparecer empleando la moderna tecnología láser mosqueta. *Sirve para recordarme que en la vida uno comete estupideces*, le contesté, viendo los ojos de Pernille en el azul del mar.

Nos despertamos al poco de sobrevolar el país de las dunas, nuestro siguiente hogar. Escogí este destino por situarse en el Nuevo Mundo, llamado así por ser virgen de conflictos y preferir el saber al matar. La singular belleza de esas desérticas tierras nos recibió con un cántico lejano, anunciando que aquí Elmo crecería tranquilo, recibiría una fabulosa educación y el regalo de un hermano. Lo primero que hicimos fue cambiar nuestro atuendo boreal por cómodas túnicas blancas de algodón, imitando la moda de esos habitantes ascios, quienes no tardarían en conquistarnos con su hospitalidad, la dulzura de su comida y su música seductora. Visitamos ciudades cubiertas por el polvo de la historia. Recorrimos las jorobas del desierto sobre gibosos dromedarios de veleidoso carácter. Aprendimos los nombres de las estrellas y constelaciones que iluminaban las mil y una noches de ese país de infinitos cuentos, en el que conciliábamos el sueño sobre los mullidos y coloridos cojines de los caravasares.

La investidura de mi paradójico puesto -era extranjero tanto fuera de la embajada como dentro- consistió en una breve ceremonia formal rematada en un local sahumado de incienso, donde llovían cortinas de oro, que se mecían con suavidad desde la cúpula del techo. Las columnas estaban tatuadas con grecas de lacerías, sirviendo de soporte a los tentadores velos. De pronto, tañeron unos instrumentos. La matidez de la percusión y el silbido de las flautas redujo su intensidad, señal para que la voz de la luz diera inicio al evento. Las sombras revelaron una figura femenina, descalza, con los tobillos rodeados de múltiples pulseras que hacía sonar con cada paso que la acercaba al borde del escenario. Su cintura, cubierta de muselinas, agitaba un cinturón de monedas, que tintineaban contentas con cada golpe de su cadera. Llevaba los brazos decorados con regia elegancia, distinción coronada por una tiara

dorada.

Olvidé a la princesa de las nieves con la reina del desierto. El vientre de Qasida - pues así se llamaba la bailarina- recogió mi tristeza, doblándose y agitándose poseído con vida propia. Más adelante esa metáfora se haría realidad al nacer nuestro hijo. Quien me iba a decir que la Q quería ser quilla quiromante en la historia de mi vida. Aceptó mi invitación a una cena tras su serpentina representación y doy fe que fue ella quien me embriagó con el néctar de su sonrisa y no el vino con su beso de alcohol. A la mañana siguiente, paseamos entre las glebas, recogiendo olorosas granadas para acompañar los dulzones dátiles del zoco y despertar a Elmo con un desayuno oriental. A mí me regaló una rama de arrayán, que porté orgulloso en la solapa de mi traje oficial cada vez que los asuntos políticos reclamaban mi atención. Qasida le enseñó a Elmo los secretos de su florido alfabeto antes de que volviera a estudiar. También le contó leyendas de héroes épicos, de una religión que veneraba el fuego, de alfombras voladoras y reyes eternos.

Mi labor estrechó los lazos entre los dos países de climas opuestos. Aquí había comerciantes natos, a los que abrí la frontera del norte para vender sus ricas pedrerías, mantos de auroras y olorosas especias. A cambio, recibieron la tan innovadora tecnología, material que provocó una mejora en su economía, no por acoplarla, sino al exportarla. Ellos eran felices con sus raíces ancestrales y desdeñaban todo aquello que desviara su atención del firmamento.

Aquí vivimos varios años. Aquí, entre mirtos y palmeras, nació Fabio, mi segundo hijo. Aquí, adormecidos por las caricias que Qasida y yo nos dedicábamos, llegué a soñar con detener al abecedario para disfrutar de una paz con aroma de azahar. Pero me despertó la guerra. El país de las colinas reclamó venganza al de las nieves y estalló la segunda contienda. El presidente me hizo llamar: el país de las dunas mantenía una postura firme de neutralidad y cualquier país implicado en disputas bélicas no era bienvenido en sus tierras. Tristemente, era hora de volver a emigrar.

Cap. L-C3

Nuestro hijo se hizo grande muy pequeño. Para nosotros era Álvaro pero todos le llamaban Mr. Flowers por la inflorescencia de su personalidad. Se convirtió en un culo inquieto, sin hacer honor a la prudencia inscrita de su nombre, saltando de país a país por culpa de ese estúpido juego suyo de buscar el amor verdadero siguiendo el alfabeto. Ahora tiene un hogar fijo en el cementerio, fundiéndose con la tierra de este planeta al que hizo su hogar.

Ay, Lorenzo, no seas tan duro con el chico. Es difícil ser madre de una persona tan especial como él. Quieres estar a su lado, protegerlo y verlo crecer. Pero extendió la capa de sus alas sobre el mundo nada más regresar de su primer viaje al país de las verdes landas. Nos habló de sus planes de futuro e intentamos hacerle entender que el amor aparece cuando no se busca. Era demasiado joven para escuchar los consejos de sus adultos e inquieto como las anguilas cada minuto que pasaba a nuestro lado.

Su madre, Concha, pensaba que pronto regresaría a casa cuando se le pasara el capricho, que sería algo pasajero. Yo ya sabía que no; he visto esa mirada determinada en muchos compañeros que soñaban despiertos a lo largo de mi vida. Para muchos fue una pesadilla que intenté evitar que sufriera. Sin éxito. Me arrepentí de no haber sido más duro con él en ese momento. Pero, luego, al verlo triunfar con soltura y madurez, sentí un ardiente orgullo... o un ardor amargo, ya que un padre quiere estar al lado de sus hijos para compartir su alegría y ayudarlo a no caer.

Nos dio un par de nietos a los que conocimos cuando ya eran mayores y nosotros demasiado ancianos para entenderlos. Aún así nos comportamos tan cariñosos y generosos como somos los abuelos. Pudimos asistir a la boda de

Elmo, viendo a nuestro hijo en la iglesia a su lado después de tantos años alejado de su hogar. Ya no era ese adolescente que nos abandonara tiempo ha, pero seguía siendo ese niño travieso en mis ojos aquejados de avanzada edad. La de Fabio nos cogió alojados en el camposanto, aunque sé que en su corazón había reservado mesa preferencial para nuestras almas.

Fue difícil encontrar las palabras para hablar a una persona tan cercana en la memoria como alejada en la realidad. Frío reencuentro con alguien a quien no has dejado de amar. Su madre, por el contrario, desató el fuego de sus sentimientos con toda naturalidad. Siempre hicimos un buen equipo, porque se adapta mejor que yo al cambio generacional. Pero al final nos dimos un abrazo, de hombre a hombre, hombro con hombro. Sentí que todo mi dolor desaparecía al saber que los sentimientos de mi hijo no solo existían para la búsqueda del amor de su vida, sino que su cariño seguía fluyendo respetuoso por sus venas hacia nosotros.

Cap. D-D

Poco antes de que acabara la primera guerra entre mi país y el de las colinas, me informaron que formaría parte del grupo político-militar que se encargaría de redactar las sanciones, junto con nuestros aliados, en el país del laurel, a donde me desplazé de inmediato por tal motivo. Llegué a la sala donde se firmaría el documento con unas horas de antelación. Mi educación militar me obliga siempre a familiarizarme con el terreno aunque se trate de una misión burocrática. Al poco rato, entró una mujer, ya entrada en años pero con la belleza longeva de las diosas olímpicas. Observó la bandera, a la que juré proteger con mi vida, marcando la posición de nuestra mesa y se acercó a husmear. Le pregunté si necesitaba mi ayuda. Se giró sobresaltada, pensando que estaba sola. Me disculpé por haberla asustado. Su nombre era Dafne. Estaba encargada de organizar correctamente el desarrollo de esa asamblea y

se había acercado a comprobar si Mr. Flowers formaba parte de nuestra comitiva. Le expliqué con gentileza que, desafortunadamente, no nos había podido acompañar por estar preparando el traslado al país de las dunas con su hijo. *¿Tiene un hijo?* Una melancolía invisible sopló en sus palabras. Parecía conocerlo de antes. *¿Y quién no, con esa vida tan increíble como díscola?* La reunión transcurrió más rápida de lo previsto. Los asuntos a tratar nos pusieron a todos pronto de acuerdo. Firmamos las hojas, estrechamos las manos y formamos para el pelotón de fotógrafos que se agolpaban para inmortalizar este momento.

El zafiro de los ojos del coronel Darío me hizo comprender que había una joya preciosa escondida debajo de su uniforme de soldado. Intenté ahondar en su compleja esencia, pues poseía naturaleza mansa con espíritu guerrero porque rugía mando mientras sus oídos acataban órdenes. Admiraba la autoridad con la que cada uno de sus comentarios era escuchado y tenido en cuenta por cada presidente allí reunido en la conferencia de paz. Durante el posado para las fotos, realicé una serie de pesquisas entre los cuerpos diplomáticos acompañantes y todos me decían lo mismo: el coronel Darío era la única persona allí congregada digna de llevarse todos los elogios del final de la guerra.

Tras el fusilamiento de flashes, regresé a mi puesto para ordenar las hojas y colocarlas en sus respectivas carpetas, reflexionando en voz alta. Vacía, de pronto, estaba la sala. La numerosa comitiva había sido hecha prisionera por la prisa de querer festejar. Para mí, el solitario placer del deber cumplido era todo el premio que anhelaba sentir en mi cuerpo, más apto ahora para estos pasillos que los angostos corredores de las trincheras. Su bucólica mención me hizo recordar que las guerras se acaban dirimiendo en pomposos despachos. Entonces, dos ojos del color del cedro cambiaron el tema de mis pensamientos. La hermosa Dafne me esperaba al lado de la gruesa cortina, más propia del teatro que de este tipo de escenarios. Mi espíritu de Alejandro se explayó magno en el interior de mi pecho laureado, infundiéndome de valor para acercarme a su lado.

—¿Le apetecería acompañarme a cenar?

No recuerdo cuál de los dos pronunció estas palabras. Tal vez ella las

dijera y yo las pensara. Su delgado y suave brazo de sílfide se entrelazó con el mío veterano por toda respuesta. La imagen del primer encuentro con Mr. Flowers se dibujó en mi cabeza y agradecí a los dioses nórdicos que hubiera escogido unirse a nosotros en lugar de enfiar la carretera eterna por la que circulaba su destino. Nuevamente, su inestimable ayuda *in absentia* me otorgaba un nuevo triunfo en mi larga carrera. Pude devolverle el favor unos años después, cuando las escobaderas limpiaron la paz de la boca de los cañones de las colinas y de Dafne yo ya era marido. El puesto diplomático en el país de las dunas había vencido por culpa de la férrea neutralidad. Eso suponía que su casa tenía que abandonar. Empleé mis contactos para despejar su senda con visados que eran llave maestra en cualquier frontera. Le entregué dinero del botín de la primera guerra, pobre reparto de ganancias para su labor, con el fin de que pudiera costearse su búsqueda homérica del amor. Al principio, aquello me parecía una tontería. Ahora que yo lo tenía, le entendía.

Cap. 10

A pesar de la tristeza causada por el destierro, encontré un motivo para recargarme de esperanza. Porque después de la Q viene la R. ¿Tal vez el destino me llevara de vuelta a Rebeca? ¿Se daría ese reencuentro vicenal? Gracias al coronel Darío, pude tentar a lo desconocido, pensando en qué lugar estaría habitando la única persona con la que mi magia no funcionó y que conquistara en el pasado mi corazón. Su pálpito me sopló la intuición de que se habría ido allende los mares, al país de los jaguares. Éste se encontraba al oeste, en el último continente que me quedaba por hollar.

Qasida, grandísima mujer, me confesó que las dunas eran su tierra, que deseaba estar a mi lado pero mi extradición la obligaba a tomar una durísima decisión. Me convenció para que mis hijos se quedaran con ella, al lado de los mejores tutores del mundo con los que completar su formación. Nos despedimos bajo una luna de oro y embarqué hacia mi nuevo destino, dejando en estas fabulosas tierras a Elmo y Fabio, hijos del abecedario.

Vi desaparecer el desierto antes de entrar en otro azul que se me hizo eterno. Cuando desperté, oteé por la ventanilla el salvaje manto verde del follaje tropical. Los picos de las montañas me hicieron pensar que estábamos descendiendo, pero era su imponente altura la causante de ese extraño efecto visual. Al pisar tierra, parecía que portara una gran carga sobre mi cuerpo. Palpé los bolsillos de mi chaqueta hasta encontrar una pastilla que me desprendería de ese mal de altura. Entonces sentí estremecerse la tierra bajo mis pies. ¿Un terremoto? No; mis apéndices caminantes sentían fluir el ritmo de ese país *con larghezza*, que trepaba por mis huesos como un ejército de hormigas, repicando sus patitas sobre mis tibias. Así que contraté como guía a esa maravillosa sensación que me embebía.

Personas con nombres que no eran los suyos levantaban carteles en la sala de espera. Mi cara me bastó para ser reconocido. Se formó un pequeño

revuelo de gente cacareando mi nombre y haciéndose fotos a mi... No, no; eso sucedió luego. Confundo llegada con salida, pues las imágenes de ambas bailan salsa en la memoria. ¡Ya recuerdo! Una gallina me habló para indicarme mi próxima aventura. Esperad, que os lo explico. Un coche del país de las nieves dormitaba bajo la sombra, esperando para recogerme. A su lado, una gallina engullía migas de arepa sobre las páginas de una revista grasienta pero colorida de fotos de amor, pasión, celos, ambición y asuntos de familia. En otras palabras: Perfidia, la telenovela más famosa de nuestro mundo en ese momento. El pálpito regresó a mi cuerpo y le pedí al chofer que me llevara hasta su almacén de grabación, donde Rosita Cerbea me paró el corazón con el vértigo de sus curvas, voraces labios y coloridas uñas. Más que mujer era un volcán explosivo de emociones, la actriz que prendía con su fuego la pantalla de todos los televisores.

En seguida imaginé los beneficios de formar parte de esta hipérbole del sentimiento. Contacté con Geraldo, el creador del serial y le sugerí que me concediera un papel. Mis pies pedían paso en el escenario. Geraldo escudriñó mi interior, movió su bigote de lado a lado y chascó los dedos.

—Tú serás protagonista. Tienes los rasgos y la apariencia perfecta.

La serie constaba de un rosario de tramas centradas alrededor de varios pueblos y ciudades de la nación. En una de ellas me inscribieron, de la siguiente manera: soy el novio de Rosita Cerbea, que ha cruzado el océano hasta el país de los jaguares para recuperar a su amor. Mas sin suerte, pues ella está con otra persona. Al verme aparecer, mojado tras la lluvia, refugiado bajo el quicio de su puerta, apoyando los brazos anhelantes sobre las jambas y con la camisa blanca fundida con mis abdominales —retocados en postproducción— ella no sabe qué hacer y le surgen las dudas, dejándola en un limbo sentimental que hace que vivamos un bucle de apasionados regresos y separaciones. El yugo del drama se mantiene un buen rato hasta que recupero el corazón de mi amada. Después, mi personaje tiene que luchar con enconados actores secundarios, pretendientes temporales que hacen que el público se ponga de mi parte. Para deshacerme de tan viperinos rivales, en cada capítulo tengo que conquistarla de una manera distinta, anticipándome a los sibilinos planes de mis contrincantes.

Luego había un tema añadido acerca de la herencia de una granja. El padre de Rosita (en la serie, Risueña; hasta en la ficción se respeta el alfabeto) quería mucho a Abelardo (mi personaje, casi también llamado como yo). Tanto, que me deja como su sucesor antes de morir en un capítulo de

humedecer pañuelo. Su hija adora esa casa y Abelardo-Mr. Flowers le propone irse a vivir juntos al campo. Solo que su anterior pareja ha contratado a un taimado notario de la capital, que presenta un documento falsificado a nombre de una organización de traficantes a los que el padre debía dinero por temas de juego. Para más inri, de pronto, aparece la prima de Risueña, Julia -curiosa coincidencia- que dice estar embarazada de Abelardo, separando a la pareja de nuevo e iniciando otro argumento en el que poco a poco reptan más serpientes que pretenden emponzoñar esta relación del culebrón.

Esta historia de amor y traición, como canta la canción que hace de sintonía, no era más que ficción... hasta que Rosita Cerbea y yo olvidamos el guión. Otro romance improvisado sucedía fuera de pantalla y plató, convirtiendo nuestro tórrido amor en público y privado. A todas partes nos veíamos acompañados de insidiosos e incesantes fotógrafos que querían robar nuestro retrato. Siempre he sido una persona abierta al público, pero nuestra intimidad carecía de privacidad. Al cabo de unos meses, mi paciencia llegó a la roja raya de su límite y le pedí a Geraldo que me sacara de la serie. *¡No puede ser!*, exclamó alarmado. *Eres la estrella del momento. Déjese de tanto show.* Pero mi decisión era firme. Empaqueté mis trotamundas posesiones con un sabor dulce pero ácido mientras esperaba el pasaje que me llevara a la tierra de las naranjas. Tampoco Rosita era esa chica risueña de antes. Su carácter se había arruinado por el alto precio de la fama y no mostró ninguna objeción al verme marchar.

Otra gallina -símbolo de la cobardía- picoteaba comida a las puertas del aeropuerto. Sí, ahora lo recuerdo; fue antes de entregar la tarjeta de embarque cuando se montó el revuelo. Calmé la intensidad de mis fans con múltiples apretones de mano y me despedí de esa vibrante tierra con el pálpito de que el turno de Rebeca había pasado y nunca más la volvería a ver.

Cap. 11

¿Por qué escogí la tierra de las naranjas? Geraldo tenía contactos en un medio nuevo al que llamaban cine. Por lo que había oído, este nuevo arte representaba el futuro de la escenografía. Me presentó al dueño -Kyle- de una productora después de un rodaje. Estaba cansado de que mi cara estuviera siempre en primera plana y propuse a Kyle que compartiera una rodaja de su negocio conmigo. Me convertí en lo que aquí llaman productor ejecutivo.

Durante los primeros días no salía de mi despacho, intentando averiguar en qué consistía mi nuevo trabajo. La contabilidad estaba tan mal llevada que menos mal que entendía de Arteconomía y sabía cómo convertir el rojo en negro. Conocí a gente del medio técnico y de dirección. Sus auras decían más que su experiencia previa y creé un equipo tan sumamente bueno y profesional que la productora por fin echó a rodar.

El producto que sacamos, al que llamaban películas, estaba demasiado verde todavía. Era como las teleseries, pero más corto, proyectadas en un templo y narrando una historia más sencilla. En cuanto alguna de estas películas hacía buena taquilla, el resto de productoras imitaba la idea hasta la saciedad. La oferta era realmente buena, pero no así la variedad. Una mañana, haciendo una pausa para tomar café, comer tarta y leer las noticias del día, se acercó una desconocida hasta mi mesa.

— Disculpe, Mr. Flowers. ¿Tendría usted un momento?

Miré de arriba abajo a quien conocía el secreto de mi nombre, molesto por la pérdida de mi intimidad. Supuse que alguno de mis asociados se habría ido de la lengua. O tal vez fuera el sombrero de vaquero que vestía mi cabeza, regalo de Kyle tras visitar su rancho. Era bastante llamativo ver a un *cowboy* en la ciudad. Silvia se presentó, con un ligero tartamudeo. Llevaba el pelo recogido en un moño y sus ojos temblaban detrás de sus gruesas gafas de pasta. Con un gesto, la invité a tomar asiento, aceptada con tanta velocidad que mi plato de tarta acabó en el suelo.

—Ay, qué torpe. Perdón.

Luego depositó una ajada carpeta sobre la mesa, derramando parte de mi café.

—Ay, qué torpe, otra vez. Perdón.

Silvia vestía un jersey de lana una talla más grande que dos de ellas. Se arremangó varias veces hasta lograr que los puños quedaran incrustados bajo las axilas y le quitó las gomas a su viejo cartapacio. Sus manos sudaban exaltadas, Extrajo un bloque de hojas encuadernadas que tiritaban de frío, que lanzó entre mis manos, sin mediar palabra, cortándome un dedo con las hojas.

—Ay—dije yo esta vez.

Le dije a la camarera que nos pusiera algo de comer. Seguía teniendo hambre y los guiones solo sirven de alimento para las películas. Pero no probé bocado. Silvia había redactado un menú repleto de succulentas delicias sobre la primera guerra entre el país de las nieves y el de las colinas, repleto de acción, intriga y una historia de amor escondida entre líneas. No sé cuántas veces lo leí hasta que llamé a la puerta del despacho de Kyle para enseñarle esa maravilla. Mi socio cayó fascinado por la magia que contenía. Guardó el guión en su archivo, bajo llave. Acto seguido, se puso a buscar nombres de directores. Mi misión, entretanto, era la de encontrar un asesor. Pasaron dos semanas y Christian aterrizó en el país de las naranjas.

Con el país de las nieves inmerso en el *remake* de la primera guerra, mi amigo cotilla sintió la paz acariciando su rostro a través de la escotilla. Estaba agotado. La segunda parte era mucho más cruenta que la anterior. El general de las colinas era ahora el líder de su pueblo y padre de Carolina, lleno de rencor y deseo de venganza tras la afrenta de los acuerdos del país del laurel. El coronel Darío había optado por una táctica más defensiva ante el brutal empuje de las fuerzas rivales por lo que la vida urbanita se había vuelto suburbana. Le enseñé el material de la película y le pregunté si le gustaba.

—Tanto como a ti la guionista. Deja de hablarme de ella e invítala ahora mismo a cenar... o lo hago yo.

Maldita sea; me había olvidado de la capacidad de percepción de mi amigo. Seguí su consejo y, por la noche, me puse mis mejores galas y el inmenso sombrero para esperarla en el restaurante. Tras el fuego de Rosita Cerbea, había optado por tomarme las cosas con más calma. Pero el vino, ah, ese vino fueguino, calentó mi sangre. Retiré las gafas de su rostro y ella apretó los párpados para enfocar de nuevo. Esos guiños miopes los recogieron mis labios, que no los soltaron hasta que su fino vestido se desprendió en la habitación del hotel, dejando al descubierto un hermoso cuerpo al que acaricié de inicio, desarrollo y final.

Silvia me recomendó a un actor prometedor, pero desconocido, llamado Ivés Decroix para el papel de protagonista. Cual sería mi sorpresa al verlo en persona, pues lo conocía de cuando viví entre el país de las ranas. Había emigrado hasta el país de las naranjas al separarse de su novio hacía ya tiempo. En mis manos posó su futuro. Le devolví fama y esposo.

Cap. E-F-G-H-i

Las amantes de Mr. Flowers realizan esta entrevista en la azotea de un hotel durante la celebración de la firma de su proyecto empresarial conjunto.

FARAH: Mr, Flowers...

GABRIELA: Mmmmm...

HELGA: El mejor amante de mi vida.

TODAS: Y el mío. ¡Ja, ja, ja, ja!

EILEEN: Curioso que seamos todas amigas.

HELGA: Las Flowerettes.

TODAS: ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

FARAH: Conmigo fue un caballero. Pero notaba una culpabilidad después de, ya sabéis.

ISABELLE: Uy, se le pasó. Créeme. ¡La de cosas raras que hicimos!

HELGA: Ahí tengo yo la culpa, me parece. Le enseñé un par de cosas...

Eileen señala el busto de Helga.

EILEEN: ¿Ese par de cosas?

HELGA: Entre otras cosas, ¡ja, ja, ja!

GABRIELA: Yo era muy tímida y algo pasó que gané mucha seguridad en mi vida. Ya veis, de becaria a secretaria jefe.

ISABELLE: Es verdad; tenía un no sé qué, te hacía crecer.

FARAH: Te relajaba.

HELGA: Te calmaba. Antes era una golfa...

FARAH: Ahora también, guapa.

TODAS: ¡Ja, ja, ja!

HELGA: Me refiero a que me puso los pies en la tierra, como a Gabriela.

FARAH: Uy, y en más sitios os puso los pies, sinvergüenzas.

TODAS: ¡Ja, ja, ja!

EILEEN: Hemos logrado grandes cosas gracias a él. No directamente, me refiero, pero significó un antes y un después en nuestras vidas.

ISABELLE: Fijaos; amigas y dueñas de una empresa. ¿Creéis que es casualidad? ¿No habrá tenido más amantes que no conozcamos todavía?

FARAH: Yo fui la primera, porque me lo confesó. Me dijo que estaba con una tía vieja...

GABRIELA: Cuida ese piquito, Farah, que ahora tenemos su edad.

FARAH: Pero estamos estupendas.

TODAS: ¡Verdad!

Levantán los vasos y brindan.

EILEEN: Me he enterado que tiene dos hijos.

HELGA: Cariño, todas nos hemos enterado. Yo, por mi parte, nunca he dejado de seguir su trayectoria.

GABRIELA: Por eso te hiciste directiva de medios. Para espiarlo.

EILEEN: Tal vez sea eso. Antes hacía lo mismo pero en la peluquería.

FARAH: Sí, ya conocemos esa peluquería...

GABRIELA: ... y a ese guaperas del país del merengue que te daba bachata...

TODAS: ¡Ja, ja ja!

Helga se levanta con el vaso en la mano.

HELGA: Voy a proponer un brindis. Por ese golfo que apareció en nuestras vidas para encaminarnos de una manera u otra y que estemos aquí, disfrutando de la vida, el éxito y que seamos tan buenas amigas.

Todas se levantan.

TODAS: ¡Por Mr. Flowers!

Cap. i-2

¿Quién me iba a decir que ese oscuro personaje que se sentó a nuestro lado en un sombrío tugurio del país de las ranas haría de mí una estrella? De él me enamoré al instante ¡Y quién no! Pero era muy hetero. Heterísimo. *Heterrorísimo*. Y yo *heterrorista*, porque quería matar a Lorraine. Pero reconozco que Silvia me gusta para él. Es una mujer brillante.

Cuando Mr. Flowers nos dejó, lloré mucho su ausencia, pero me inspiró a modificar mi tipo de vida. Tenía a mi pareja bohemia y una adicción a vida social nocturna. Hasta que dije basta. Mis compañeros presentaban sus obras en el país de la cerveza y daban un paso adelante mientras que yo seguía pasando más tiempo en los baños de un bar que en la sala de ensayo. ¡Cuántos castings corrieron de hora por mi morbosa necesidad!

Un día, uno de los pintores me invitó a acompañarlo a su galería con comida fría. Temblaba de emoción por volver a verlo. Cuál sería mi desengaño al descubrir que se había ido al hemisferio austral. Mi acompañante de viaje tenía otras intenciones, aparte de presentar allí su obra. Ya os las podéis imaginar; la buena vida no se haya escondida en los intestinos de un bar. Le cogí gusto al champán, al caviar y a la alta sociedad. Pero para ellos no era más que un amante, una especie de puto pobre al que trataban con simpatía afligida. Me cansé de ver reflejada la pena en sus ojos, de su condescendencia y paternalismo. Aún así, los entendía. Lo asumía. No sería otra persona hasta que no demostrara mi valía. Necesitaba un nuevo escenario que estuviera dispuesto a darme la oportunidad de transmitir mi arte. Un día alguien me habló del cinematógrafo.

Al principio, me pareció demasiado arriesgado. Teniendo teatros y pantallas de televisión, ¿quién querría ver ese nuevo medio? Pero sin riesgo no hay cielo. Imaginaos lo perdido que estaba al llegar. No conocía a nadie e iba solo a los templos de las antiguas religiones, los llamados cines, para conocer esas películas. Tal vez fuera la magnificencia del gran lienzo blanco o la imponente espiritualidad del lugar lo que me convirtió en devoto. Pero, ¿qué podía hacer para participar en ellas?

—¡Ivés!

Escuchar mi nombre por primera vez desde que llegara me produjo una tremenda alegría. La soledad se curó de golpe y porrazo al reencontrarme con Silvia, amiga de antaño, tras una proyección. Me comentó que tenía un guión novedoso y la animé a dar el salto. Como ya sabéis, después ella me tendería la mano para que yo también brincara alto, pues me hizo famoso. Durante el rodaje conocí al que ahora es mi marido, Christian. Y, gracias a Elmo, el primer hijo de Mr. Flowers, en breve seremos padres de una preciosa hija concebida en el útero de un laboratorio.

Cap. 12

El guión de Silvia hizo que la gente disfrutara de la guerra en butaca en lugar del campo de batalla. El coronel Darío se dio cuenta y realizó la ofensiva que pondría punto y final a la locura armamentística de una vez por todas. Su broncínea leyenda forjó las principales plazas del planeta, legando su nombre al del militar que logró la tan ansiada paz. Por el contrario, su homólogo en el país de las colinas murió fusilado sin piedad. Cuando vi las fotos no pude reprimir un hipo de tristeza; se trataba del padre de Carolina, aquel que una vez se preocupara de mi sanidad mental. Así me enteré que la C de mi vida se había casado con Bren. Y los dos acabarían implicados en un proceso de malversación de fondos a través de una famosa empresa. El juicio sería menos largo que su condena.

Supongo que vi en todo eso la nueva señal del cambio. La guerra había acabado; era hora de ayudar a los afectados. Sabía de la penosa situación en la que se encontraba el viejo continente tras tantos años de batallas. Emplearía mis conocimientos económicos para rescatarlos de la crisis. Más que un nuevo proyecto, fue un regalo de otra boda: la del coronel Darío con Dafne pues deseaba que la felicidad que le robó mi inmaduro corazón la hallara con mi veterano amigo. Nombré a Silvia heredera del imperio cinematográfico y partí al emporio del país de los caimanes. Pero cuando estaba haciendo las maletas, llegó la tercera boda. Mi hijo Elmo apareció en la puerta con Belén, la mujer con la que se iba a casar. Sabedor de mi incapacidad de repetir visita al mismo país, habían decidido atar el lazo aquí, en el país de las naranjas, porque querían que les acompañara al altar actuando de padrino. Al igual que Elmo, Belén también cursaba estudios de medicina. Con las ganancias que había acumulado me aseguré que nada les faltara. Fue un día de felicidad, pues me permitió encontrarme con mis padres y con Fabio. Después, me marché.

Un gran río animaba a las ciudades del país de los caimanes con su

sinuoso brío. El aire de las marismas olía a guitarra y a especias mágicas. Vistiendo mi famoso sombrero de vaquero, entré en la nueva oficina, situada en la última planta del edificio más alto de la zona financiera, cuyos edificios mordían al cielo con los dientes de sus chapiteles. Casi podía ver los dos océanos desde mi mesa, como un águila posada en lo alto de la montaña. De manera inconsciente, contraté a la T para trabajar de secretaria: Thaïs, que me puso los puntos sobre las íes. Con ella compartí oficina, comida y, finalmente, lecho. También la hice partícipe de un importante descubrimiento: una rendija que nos llevó al mayor chanchullo financiero de la historia. La guerra no había sido sino una excusa para enriquecer a una famosa empresa y a sus socios accionistas. Esos discursos nacionalistas, esa actitud jingoísta, ese grito de todo por el pueblo no era más que una vil y burda excusa con las que robar bajo el humo de las bombas.

—Quémalos. Quémalos bien.

Seguí el consejo de Thaïs y eso llevó a la cárcel a muchas personas. Sin embargo, no me siento orgulloso de haberle quitado la venda a la justicia. Pues con ella até a Carolina y Bren a un eterno castigo. Es duro hacerle daño a alguien a quien has querido porque el amor es como nadar o montar en bicicleta; nunca se olvida por mucho que pasen los años.

Intuí que la solución a la recuperación económica se hallaba en los mercados bursátiles. Pero la clave me la proporcionó Fabio. Un día, con los ojos rojos y cansados de analizar movimientos y la cabeza más llena de números que de pensamientos, llamé a mi hijo. Durante la boda de su hermano me dijo que iba a empezar a estudiar Cuanticociencia. Tanto tiempo mirando a las estrellas en el país de las dunas le había despertado la curiosidad por ver el origen del universo. Mi intención no era desmotivarlo, sino entender por qué buscaba ese irrelevante conocimiento.

—Papá, no insistas. Para ti todo sigue un orden, como el alfabeto. Pero tienes que darte cuenta que, para mí, el caos es un orden que tú no ves.

Cuando colgué el aparato, empecé a ver todos los guarismos de mi pantalla a través de sus ojos cuanticocientíficos. Imaginaos mi sorpresa cuando, de pronto, todos cobraron sentido. Presa de la emoción, me lancé a la caza de traducir esos textos escritos en un alfabeto extraño. Descubrí una relación estacional entre diversos productos y su influencia el resto del año en situaciones óptimas, lo que me permitió desarrollar una serie de algoritmos con el que anticipar dichos cambios. Creé un programa de respuesta inmediata

en función de determinadas variables. Empecé a hacer dinero. Mucho dinero. Más del que al principio había esperado. Además, gracias a mi trabajo, el viejo mundo lograría la independencia económica pocos años después. No obstante, no fue agrandar mi cuenta corriente el mayor premio a mi esfuerzo, sino que, como el programa estaba automatizado, recibí algo más valioso que ya notaba se extinguía en mi cuerpo: tiempo.

—No tienes por qué irte. La gente aquí también te necesita

Ay, mi dulce Thaïs, ¿cómo explicarte la inexplicable razón que me impele a hacer lo que yo hago? Ya no tengo los años para ponerme una nueva meta, para independizarme del destino que yo sólo he estado anotando en el diario de mi vida. En todas partes he empezado algo que nunca he mantenido por culpa de una promesa infantil que me hice y me ha convertido en su esclavo. Al principio, sumaba las letras. Ahora resto los años. Adiós, querida Thaïs. Es hora de partir. Que las alas del águila de tu país te guarden sana y salva por el resto de tu tiempo. Desde la distancia te mando todo mi amor encriptado en un beso.

Cap. E-2

Fui a visitar a mi padre para darle la buena nueva de que me iba a casar y estupefacto me dejó el día de la ceremonia. Belén estaba preocupada de que su familia no estuviera a la altura de la vida de Mr. Flowers y resulta que su madre y su padrastro eran amigos de antaño. Conociéndole como le conozco, pocas sorpresas me puedo llevar. Hasta ver al coronel Darío bailando con su esposa me pareció normal. Total, a quién no le ha pasado toparse con el héroe de la humanidad el día de su boda. Pero que Ana, la madre de Belén, resultara ser su primer amor de quien tanto me había hablado de niño y que ese nombre que sonaba a leyenda se convirtiera en tu suegra al mismo tiempo que te presentaba a su segundo marido, Azul, que resultaba ser el hermano de Blanca, su primera novia de cuando estuviera en la tierra de las verdes landas... Como digo, este tipo de cosas suceden cuando tienes un padre atípico.

Hablando de padres, la boda fue una sucesión de reencuentros con ellos. Fabio y yo con el nuestro y él con los suyos. Los dos nos reímos a mandíbula batiente cuando nuestra abuela le llamó por su nombre de pila: Álvaro. Tan acostumbrados estábamos a su apodo que nos habíamos olvidado de que, una vez, mi padre también fue niño. Después de la ceremonia, dimos cuenta de un copioso banquete con el que agasajamos a nuestros invitados. Mi mujer y yo apenas disfrutamos de la comida, por culpa de los vítores, canciones y peticiones con las que nos abducían los alegres convidados. Pero hubo un momento en el que mi atención logró ensordecer el clamor de la barahúnda allí presente. Vi a la madre de Belén acercarse a Mr. Flowers y preguntarle si la recordaba del país de la cerveza. Mi padre abrió de golpe sus ojos. Curioso enterarse en un día tan señalado como éste que Ana hiló su destino de niña, midió su longitud cuando fue a visitarlo y estaría presente más adelante cuando lo cortaron y enterraron. Hay personas a las que solo ves en momentos cruciales en la vida. Pero esas pocas apariciones marcan las etapas de tu

existencia.

Azul nos estrechó entre sus brazos. Noté su pecho hipando, derramando lágrimas por encima de nuestras cabezas, saladas de tristeza y dulces de alegría. Su hermana, Blanca, había fallecido, víctima de una sobredosis de fama con tonos sepia, unos días antes del enlace. Había perdido una rama de su familia, pero en Belén y en mí veía crecer un nuevo brote.

Poco más recuerdo. Tanta felicidad y tanto caldo de viña me embriagaron. Por la mañana, sonrientes pero con gafas de sol, nos fuimos de luna de miel al país del azúcar, a bailar con las abejas y las flores. Después, nos mudamos al país de las universidades para acabar graduándonos en Medicina Contemporánea. Tal vez fuera ésa la herencia de Mr. Flowers; salvar vidas porque él curaba corazones.

Belén y yo tuvimos dos hijos, Modesto y Norberto y una hija a la que llamamos Elisa. Los cinco disfrutamos de una feliz vida sin sobresaltos. Nuestras aventuras pasan en hospitales. Nos apodan “los médicos errantes”. Pero no me importan los cambios, porque aprendí de mi padre que lo importante en la vida es tener a alguien con quien compartir cada instante y soy afortunado por contar con una estupenda familia con quien hacerlo.

Cap. 13

Aproveché el tiempo que la informática automatizada me había regalado para aprender a tocar el pianobanjo, un instrumento endogámico del país de los caimanes. Canción a canción, la partitura escribía sonidos de cambio. Mi pelo se teñía de notas blancas, que es cuando dicen que uno crea sus mejores obras. Decidí probar suerte con la nueva música en el país de las sombras, una tierra de astutos comerciantes y mercados en cada plaza. Aquí las monedas brillaban más que el sol durante el día. Pero, cuando la noche reclamaba su reino de oscuridad, el país se transformaba en auditorio musical.

Os voy a contar un secreto sobre mi primera actuación. Antes de entrar en la sala de conciertos, no sabía qué temas iba a tocar. Fiel a mi estilo, prefería improvisar. Pero, esa noche, estaba nublado. Así que di un paseo entre los palacios fantasmagóricos de pulidas aristas que flotaban estáticos sobre las negras aguas de los canales. El oleaje de la noche, iluminado por tímidos faroles y la menguante luna, daba la impresión de que los edificios bailaban, cogidos de los brazos de los puentes. Extasiado, encontré la inspiración que necesitaba. El público quedó fascinado y me dedicó una estruendosa ovación.

Mientras los caballeros ponían el sombrero a sus cabezas y las mujeres protegían sus hombros con pieles, bajé al camerino para descansar en armonía. En la puerta me esperaba una talentosa dama llamada Umbría. Su vida era un calco de la mía. Tenía un órgano por pulmones, que abría y cerraba las claves según el *tempo* y ritmo que le marcara el camino, ora con fugas, ora con sonatas, siempre con la música en las venas. Sus plaquetas marcaban el ritmo como claquetas. Hemolizaba melodías fabulosas por eternas, juguetonas como marionetas, tan imposibles como bella era ella. La sombra de Umbría iluminó mis oídos con sinestesia. Su luz oscureció mis canas. Con el arco y cuerdas del amor, clavó una certera flecha en lo más profundo de mi corazón.

¡Cuántas veladas disfrutaríamos juntos, entre olorosos vinos y exquisitas

viandas! Dormíamos de día, soñábamos de noche, arrullados por el trémolo cantar de los ríos. Los dos recorrimos el país de las sombras sin temor al derroche, componiendo himnos majestuosos con solo frotar nuestros cuerpos o besar las duras cicatrices de nuestras yemas. Los vítores cerraban las sesiones, las flores hacían de telón al final de nuestras actuaciones. Mis hijos se reían al ver a su padre convertido en *rock star* de vetustas facciones. Había alcanzado el éxito. Y, de pronto, recibí también reconocimiento.

Mis milagros financieros en el país de los caimanes me hicieron merecedor de un galardón: el Premio Nobel de Economía. Eso me obligaba a viajar al país de los esturiones. Consciente de que, si me iba, no podía regresar, nuestro binomio musical se disolvió. Volvía a estar solo en mi carrera. Pero ya faltaba poco para llegar a la Z.

Cap. 14

Qué sorpresa tan agradable me llevé cuando, después de tantos años, saqué mi viejo traje de gala del baúl y comprobé que todavía me servía. Aunque, echando una mirada retrospectiva a mi ajetreado pasado y a la buena vida, era normal que no hubiera engordado ni adelgazado un ápice. Mi nuera meneó la cabeza al verlo, miró la talla en la etiqueta y se fue a dar una vuelta por las boutiques del país de los esturiones. Nunca he sido muy seguidor de las modas, pero he sido consciente de su importancia para no desentonar en la sociedad. Belén, la mujer de Elmo, se encargó de recordármelo. Sonreí al pensar que, si así de directa y honesta era conmigo, lo firme que tendría a su marido. Mientras me probaba su recomendación, Elmo apoyó la paciencia al lado del armario, disfrutando del espectáculo de verse en mí reflejado. Ana y Azul, que habían venido con Fabio y su novia Dana, se troncharon al saber que me hubiera dejado aconsejar por su hija para escoger vestuario.

—¿Estás seguro que tienes la edad adecuada para llevar eso?

Era el día de la ceremonia, el sumun de mi soledad, rodeado de todos aquellos que me querían pero sin nadie que me cogiera del brazo. Salvo una camarera, que me arrastró del codo al pasar a mi lado cuando a punto estuve de volcar su bandeja con un aspaviento desafortunado.

Durante la recepción, me presentaron a Haluk Nurzhan, monarca de esta nación y principal aliado del país de las nieves. El coronel, Darío, galardonado con el Nobel de la Paz, me había hablado de él en términos recatados. A pesar de luchar en el bando aliado durante la segunda guerra, determinante gracias a sus temibles ornitópteros blindados, no estaba bien de la cabeza. Tomaba decisiones arriesgadas según las indicaciones de su mujer, que era bruja ictiomante^[1]. Podía fiarme de él, era hombre de palabra, *pero mantén los ojos muy abiertos. Un día puede picar el pez equivocado y cambiar la luz de su alma.*

El rey Nurzhan era un personaje en todos los sentidos. Su saltarín bigote y

los estafalarios fajines que apresaban su generoso estómago le daban más apariencia de mago que de político. Sin embargo, su ampulosa verborrea mostraba a un líder de carácter consumado. Acordamos volver a vernos más tarde para tratar un importante asunto de estado, cuando los vapores de los festejos estuvieran placados.

Subí al estrado para recoger el premio y soltar un discurso que, entre agradecimientos y comentarios, se me fue un poco de las manos. A pesar de su longitud, el público me regaló una generosa ronda de aplausos. Más aburridas que mis palabras, empero, resultó el convite posterior. El formalismo entre todas aquellas mentes privilegiadas adquirió un tono de petulante pedantería en breves instantes, animándome a deslizarme hacia otra sala, donde una banda de música amenizaba la velada. Reconocí, con sorpresa, que el tema que tocaban correspondía a una de mis composiciones con Umbría, sumiéndome en una triste alegría.

—Mr. Flowers, ¿dónde se había metido? Haluk Nurzhan anda buscándolo desde hace un rato. Su familia también le está esperando.

Seguí al coronel Darío me dirigió a buen paso hacia una dependencia de acceso restringido en el palacio: la fastuosa terraza privada real, Olimpo político del Estado. El excéntrico monarca estaba hablando a sus invitados de las caravanas que cruzaban el país de los esturiones camino de los dragones, Una camarera, -la misma que agarrara mi brazo antes- vertía ambrosía, con fina puntería, en el gáznate de las copas plateadas por las pestañas de la luna. Alcé mi vaso para atraer la atención de esta Hebe contemporánea quien, con mucha diligencia, me ignoró.

Cap. F

Mi padre me dio los mejores medios de enseñanza mientras me enteraba de sus hitos por los medios de comunicación. Las dos mitades no sumaron un entero, así que nunca conocí a Mr. Flowers por completo. Mis amigos me decían que tenía un caos por familia. Pero para mí eso era lo normal. Tal vez por ello no me causaba ningún esfuerzo entender la Cuanticociencia.

El país de las dunas se me quedó pequeño de conocimientos y sabiduría. Y quizá la sangre de mi padre me empujara a buscar respuestas más allá de las fronteras terrenales. Mi hermano Elmo había heredado el conocimiento de las plantas medicinales y yo el del infinito alfabeto del universo. Lo leía en los ojos de los perros que se mandaron en las primeras misiones espaciales. Por esa razón, era lógico que me enamorara de Dana, la primera cosmonauta humana de nuestro mundo. Mientras otros lanzaban misiles y obuses, marcando de viruela la lisura del planeta, nosotros lanzamos un cohete al firmamento para que no dañara su rostro. Con los datos obtenidos, trazamos los primeros borradores de las memorias de lo desconocido. En seguida nos dimos cuenta de que simplemente estábamos palpando una materia oscura que nos obligaba a abusar del método inductivo. Nuestras investigaciones necesitaban ojos en el espacio y diseñamos los primeros satélites que nos darían datos más exactos de lo que estábamos olisqueando.

Retomamos la materia con más energía después de percibir el aroma de soldadura que flota en la galaxia. Seguimos la senda del helio hasta conocer que tenía por madre a las estrellas. Descubrimiento a descubrimiento, Dana y yo acabamos conociéndonos en profundidad. Éramos dos seres singulares, paradójicos y con una temperatura muy elevada de tantas horas encerrados solos en los observatorios. Un día, sus cabellos del color del dióxido de hierro se deslizaron sobre mi cuello. Al apartarlos, descubrí que mis dedos seguían pegados, enroscados, apresados por los grilletes de sus rizos. Una fuerza inexplicable comenzó a expandirse en ambas direcciones, alejando

nuestras mentes de las tablas numéricas a medida que atraía a nuestros labios. Fue un tímido contacto, un leve poso de la piel de los belfos. Suficiente para hacer estallar una ola de energía que separó las ropas de nuestros cuerpos.

Una vez enfriados, debatimos sobre las sensaciones que habíamos experimentado. Analizamos con minucioso empeño los protones de sentimientos, las reacciones físicas y las diferentes impresiones que cada uno había notado en sus neutrones durante el sexo, llegando a la conclusión de que habíamos encontrado la respuesta al nacimiento del universo. Conferenciamos alrededor del mundo para informarle de nuestro descubrimiento, liviana teoría entonces, pues le faltaba peso matemático. Durante la entrega del Premio Nobel de mi padre, la terraza del presidente del país de los esturiones nos inspiró a construir un hogar cuyo techo y paredes lo constituyeran las estrellas.

La casa tardó en realizarse más de lo esperado, más tiempo del deseado para dos personas que piensan a la velocidad de la luz. A veces olvidamos cómo funcionan las cosas en la Tierra después de rellenar discos duros con cuerdas de fermiones y bosones. Cuando por fin acabó su construcción, Dana y yo charlamos largo y tendido tras la cena, recostados en un sofá, entre Sirius y Rigel. En un momento de la conversación, apoyé mi cabeza sobre su pecho, que me recibió con un juguetón latido. Dana tenía en su interior la respuesta a la ecuación algebraica de mis sentimientos. De pronto, entendí que mi padre lo llevaba haciendo toda su vida, solo que con diferentes variables. Es decir, su corazón era diofántico, permitiéndome resolver el único misterio que me quedaba por resolver: comprender a Mr. Flowers.

Cap. 15

Con la economía mundial compensada, la balanza de pagos necesitaba otro valor que no fuese moneda para desequilibrarse. El mundo se decantaba por el arte, motivo por el cual varios países habían iniciado una febril batida por los arenosos mantos del olvido. Tal era la principal razón por la que Haluk Nurzhan solicitaba mis servicios. Su ejército de arqueólogos creía haber localizado restos de rota historia en una isla por el gran lago y necesitaba de un experto cualificado para que los tasara con precisión. Mi reputación en este campo era indiscutible. A cambio, podía pedirle cualquier cosa que codiciara. Más adelante me cobraría ese favor, pidiéndole a Haluk que enviara a sus arquitectos para que construyeran la terraza en la que viviría con Dana.

La isla se hallaba a tres horas de la costa, así que partimos antes de que madrugara el resto de la población. La bruma cubría de misterio el negro Ponto. Solo la blanca y burbujeante estela daba prueba de nuestra existencia en esa oscura inmensidad. Amarramos la embarcación a un proís de la orilla y caminamos hasta una zona vallada, custodiada por el ejército nacional. Allí había varios trabajadores, hundiendo sudorosos las palas en el lodo. Parecían médicos haciendo una cesárea al vientre de la madre tierra.

—¿Es usted el experto?

Me giré con cierta soberbia, he de reconocerlo, pero mi petulancia perdió los pétalos al conocer a Vanna, la arqueóloga encargada de estas exploraciones.

—No soy nada, pero he sido muchas cosas.

Sus ojos azules, que eclipsaban al del cielo y el del lago, horadaron mi interior con el taladro de sus pupilas. Al ver que no me movía, se acercó a mi lado para colocarme la credencial sobre el pecho.

—Todavía te quedan muchas más por ser. De momento, me pertenesces.

Luego me acompañó hasta una oficina móvil que el rey de los esturiones había dejado preparada para realizar mi tasación. En su interior había una larga mesa sobre la que habían limpiado y colocado cada una de las piezas

que, hasta ahora, habían encontrado. La mayoría eran piezas de alfarería y elementos metálicos o de piedra. Intenté recomponer alguna de las vasijas en mejor estado empleando la técnica oriental del *kintsugi*, que consiste en espolvorear barniz de resina con polvo de oro para reparar las grietas. El resultado es muy hermoso. Por desgracia, la estética era su único valor.

—Son objetos de uso cotidiano. Casi todos los países cuentan con este tipo de objetos en sus museos. Además, la mayoría está en bastante mal estado.

—No pasa nada. Seguiremos buscando.

Vanna estaba motivada, pero ligeramente decepcionada. Muchos creen que en toda expedición arqueológica van a encontrar un tesoro. Al menos yo había encontrado el mío. Le recomendé que descansara. ¡A saber cuántas horas llevaría sin dormir por culpa del trabajo! Aceptó mi consejo. Mientras tanto, di un paseo por la excavación, observando a los trabajadores dentro de sus cuadros. Daba la impresión de que habían cavado tumbas cuadrangulares. De pronto, pegué un grito. ¿Sería posible que...? Mi repentino chillido sacó a Vanna de su sueño, cama y tienda hasta llegar corriendo a mi lado.

—¿Estás bien?

Pero no tenía palabras para ella. Trazaba perímetros en el aire, realizando mediciones aproximadas y contando las banderas blancas que señalaban el hallazgo de cada objeto desenterrado. *¡No tiene sentido!*, exclamé con una gigantesca sonrisa. Ella pensaba que me había vuelto loco, sin dejar de agitar las manos en línea recta hacia el mar y mirándola con ojos faltos de sanidad. *¡Los objetos, los objetos!*

Los pueblos de los tiempos olvidados solían vivir apiñados, racimos humanos buscando la protección fortificando el espacio. Pero, entonces, ¿dónde estaban los edificios? La isla no era ni mucho menos plana; más bien tenía pinta de caparazón cubierto de lapas. No era un terreno apto para la construcción de casas. ¿Se trataba acaso de un asentamiento pesquero? ¿Tan lejos de la costa? Mis manos se extendieron como alas, cubriendo un hipotético contorno ante la desconcertada mirada de Vanna. Poco a poco, fui entrelazando los dedos, usando los nudillos y falanges metacarpianas para resaltar el relieve del terreno. Luego elevé el antebrazo derecho y lo empujé bajo mis manos hasta lo que me permitió la muñeca. Mi compañera abrió la boca y besó la mía. Un terremoto. Un seísmo submarino había pasado por la isla, quebrando y hundiendo el terreno hasta darle la forma que ahora estábamos viendo. Habían encontrado objetos sueltos porque la tierra se puso

a jugar a las cartas, barajando la ciudad con su corteza.

Desplazamos la excavación unos cuantos metros y nos unimos al equipo, manchándonos las manos con ellos. Así descubrimos una ciudad a la que los obituarios describían como engullida y hundida en el mar cuando, en realidad, yacía bajo la tierra. Esa noche, Vanna y yo consumamos nuestro amor entre las columnas de piedra de la mítica Atlántida.

Cap. j

Antes me llamaban loca. Ahora, excéntrica. ¿Hay algún problema en que vea la vida de otra manera? ¿De que me guste el lujo y atreverme a experimentar? Francamente, soy más bien una *yinni* con personalidad incomprendida, como dice mi marido.

De pequeña, era una niña muy inquieta. Reclamaba la atención de mis padres constantemente, lanzándome por las calles a toda pastilla con mis patines, mi bicicleta o cualquier forma de vehículo que tuviera ruedas. No se explican la ausencia de accidentes más serios, porque día tras otro llegaba a casa con una venda o puntos, con la pertinente reprimenda por mi afán a las actividades de riesgo. Con el tiempo, celebraban que regresara a casa de una pieza. Sí, era una niña feliz que vivía en un palacio. Hasta que la atención y los mimos me los robó una enana. Se llamaba Rebeca y era mi hermana.

Al principio, la odiaba. Quería que mi madre me acariciara la cabeza, me hiciera trenzas o me regalara una golosina. Ella, sin embargo, prefería cargar con ese pedazo de carne que no hacía más que llorar, dormir y hacerse cosas encima. Pero, cuando dije en el colegio que tenía una hermanita, me convertí en el centro de atención. Así que empecé a cuidarla y protegerla, ante el asombro de mis padres.

Pero la maldita creció. Un bebé causa admiración, pero tienden a desarrollarse. Con la novedad crecida, pasé a segundo plano en la clase y eso desató mi furia. Aparecía en casa antes de la hora, expulsada por mal comportamiento, pelearme o las dos cosas juntas. *¿Por qué no tenéis otro bebé?*, les pedía a mis padres todos los días. Ellos se miraban con cara extraña. ¿Acaso no entendían que yo lo necesitaba para recuperar el interés de la gente? Se lo pedía por el Solsticio de Invierno, el Día del Niño, mi cumpleaños y por cualquier otra fecha del calendario. Nada. Mis padres no colaboraban. Menos mal que al acabar ese año me salieron tetas.

Oh, sí, grandes, gordas y turgentes tetas. No fue interés, sino deseo lo que provocaban entre los chicos que ya se afeitaban la pelusa del bigote e, incluso, de alguno que tenía barba. Mi busto detenía conversaciones, pausaba juegos y hacía amigos. Muchos amigos, muchas amigas interesadas en esos amigos y muchas posibilidades para realizar, de nuevo, actividades de riesgo.

Mi hermana era distinta. En cuanto mis padres vieron en quién me estaba transformando y que no podían controlar la metamorfosis, pusieron siete candados en su puerta y llenaron su habitación de libros. Ella fantaseaba entre esas páginas -con letras grandes primero, pequeñas después- y esperaba a que me despertara para que le contara cómo era la vida en el mundo exterior. Como veis, siempre estaba cuidándola.

Luego, llegó Mr. Flowers. Un manipulador nato, un truhán de buenos modales. Sentí el fuego de su ambición en sus ojos y lo calmé con el calor de mi pecho. Era mi pareja soñada: alto, guapo y travieso. Solo necesitaba domarlo. Le integré en mi círculo de amigos, mejor dicho; séquito. Me hice la reina de su reino y a él lo convertí en siervo. Pero Rebeca volvió a robarme mi feudo. Lloré, quise matarlos. Fui a pedir explicaciones a mi hermana, con el maquillaje corrido para potenciar el drama. Quería dejarla en evidencia delante de los vecinos. Pero Rebeca había desaparecido. La vi una mañana y por la noche ya se había ido. Mr. Flowers, tres cuartos de lo mismo. ¡Mejor! No le miraría su fea cara aunque me lo pidiera de rodillas. Luego me enteré que se había marchado al país de los dragones. Rebeca, nadie lo sabía. Me lié con Bren, para darle celos al traidor desde la distancia. Pero también me abandonó. Decía que estaba loca. Me uní a un grupo de nómadas, que me enseñaron su brujería, para vengarme de todos aquellos que habían faltado al respeto a lo largo de mi vida.

Entonces, de bruja pasé a reina, en el país de los esturiones. Haluk fue el príncipe que calzó mi pie de desgraciada Cenicienta, la horma de mi zapato. Gobernamos juntos con fantasía. Gobierno surrealista lo definían los periodistas. Los matamos, al indicarle las señales en una sardina. En un mero, encontré la oportunidad de vengarme de Bren al estallar la segunda guerra. Sabía que se había casado con la hija del dictador de las colinas. Luego me escondí en el campo. Al acabar la contienda, mandó a sus hombres a buscarme. Pero no me encontraron. Corrijo; no quisieron encontrarme. Hasta que amenazó con ejecutarlos. Cuando llegué, Mr. Flowers había descubierto una ciudad perdida que haría estallar a nuestro favor la economía. No podía tolerarlo. Fui al mercado a por una lamprea bien gorda y congelé su hígado

para darle más simbolismo al augurio de mi venganza. Le conté a Haluk que había alguien en el país que le estaba clavando la ventosa para succionar el hallazgo arqueológico hacia un país donde hace mucho frío. La sangre del corazón había dejado una mancha con la forma de su nombre: Mr. Flowers. El mar se agitó al oír la ira del rey clamando la cabeza del traidor. Desde la terraza, observé el cardumen de soldados preparándose para pescarlo. Estaba nerviosa, expectante de ver mi sueño hecho realidad mientras el verdugo afilaba el hacha en la plaza. Por desgracia, cuando regresaron al puerto, sus redes estaban vacías.

Cap. 16

Un grupo de soldados renegados, contrarios a los augurios de su reina, me informaron de que había perdido el aprecio de Haluk y que mi cabeza tenía precio. Gracias a ellos, la conservé sobre los hombros. El encono de un loco por decapitarme hizo que mis viajes se aceleraran al instante. Salí de la isla andando, sacando partido a mi extraña facultad de poder respirar bajo las aguas, y así burlé a sus temibles ornitópteros blindados. Migré al país de los pájaros, donde una mujer llamada Wilma me abrió la puerta. Las alas de sus brazos fueron su nido de protección y cariño hasta que los emisarios esturiones me localizaron. Sin más tiempo de despedida que para un pico en lugar de un beso, le regalé el gorro de vaquero que me acompañaba desde que viviera en el país de las naranjas e inicié mi ajetreada huída hacia el país de los museos en una carreta tirada por flatulentas cabras, escondido bajo enormes balas de paja.

Las pinacotecas ocultaron mi rastro durante unos años. Wilma se aseguró de que los esturiones siguieran mi camino en sentido inverso, dándome tiempo para establecerme, relajarme e, incluso, encontrar un empleo. Pese a que mis conocimientos sobre arte no estuvieran del todo al día, aquello no impedía que trabajara de profesorguía, combinando el aula con la galería. Me entregué a mi nuevo rol con devoción, compartiendo mis conocimientos con los estudiantes y entreteniéndolos a los visitantes. También encontré inspiración.

—Debería escribir un libro con la historia de su vida, Mr. Flowers. Para mucha gente, usted es una incógnita.

Me giré alarmado para identificar a la persona que había revelado mi anonimato. Se trataba de una mujer que se había matriculado en mis clases de arte, algo mayor para ser estudiante. Espero que nunca se entere de esto que acabo de decir pues, si bien era dulce, cariñosa y bondadosa, no dudaría ni un instante en darme una torta. Recordé su cara, mas no su nombre, por mucho que repasara las listas de asistencia a clase. Así que se lo pregunté, pero se

negó a decírmelo.

—Entonces, te llamaré X.

La incógnita se mantuvo constante, incluso cuando, al cabo de una temporada, nos convertimos en pareja. Una burda trampa me permitía mantener las reglas del alfabeto para pasear por la noche, como gatos, entre los pasillos de los museos. Nos acariciábamos ante la severa mirada de los retratos clásicos, nos besamos ante los asombrados ojos de los cuadros cubistas y escandalizamos la moral religiosa con la desnudez de nuestros cuerpos.

Pasaron varios meses hasta que Christian e Ives aparecieran en el museo. Tartamudeé al verlos:

—¿Có..., cómo me habéis localizado?

—Fabio ha sido capaz de encontrar el origen del universo, no iba a encontrarte a ti, bobito.

Mi hijo se iba a casar con Dana y quería que su padre fuera, de tal evento, testigo. Rehusó explicarme cómo descubrió mi escondrijo. Otra incógnita más que se quedó entre las misteriosas paredes del museo, junto a la mujer cuyo nombre nunca me dijo.

Cap. 17

Era hora de despejar las incógnitas, de saber si la muerte me arrebataría la vida o un vivo me causaría la muerte, de no saber si podía asistir a la boda mirando temeroso a asesinos por la espalda u orgulloso a mi hijo de frente, de no saber si la X era la antepenúltima letra o la marca final en mi camino. Tantas raíces se extendían que decidí resolverlas de manera radical. Pedí a mis amigos que me esperaran mientras iba a mi casa a llamar por teléfono.

—Hazlo desde el mío.

Ives extrajo un extraño aparato de su chaqueta. sonrió al ver mi gesto desconcertado con el último invento de su novio: un aparato capaz de comunicarse sin necesidad de cables, llamado móvil. Lo cogí con cierto recelo. Era tan pequeño que no sabía dónde acomodarlo para escuchar sin que se me introdujera en el cerebro. Christian me lo arrebató de las manos, marcó el número del palacio real en el país de los esturiones y me lo aplastó en la oreja.

—Rey Haluk Nurzhan al habla.

—Majestad, soy Mr. Flowers.

—¡Hola, amigo! ¿Qué tal te va la vida?

—Bien, salvo porque tú quieres quitármela.

—¡Ah, lo siento! No es nada personal.

—Pues lo parece. Podías cumplir tu palabra cuando de concederme lo que quiera.

—Ya... Escucha... Hay un problema. Puedes pedirme cualquier cosa, salvo eso.

—Me parece un tanto selectiva tu forma de definir "cualquier cosa".

—Lo siento; la reina ha leído tu traición en una lamprea.

—¿Qué traición? ¿Qué lamprea? ¿Qué demonios te ha dicho de mí la reina?

—La reina ve el futuro, Además, te conoce. Se llama Julia, por si eso te

ayuda a refrescar la memoria. Pero si hay algo que pueda hacer por ti, tuya es la boca.

—Oh, vaya... Entiendo. El caso es que mi hijo se va a casar en breve...

—¡Enhorabuena! Espero que mis esbirros no te encuentren antes para que se celebre. ¿Qué te parece si les digo que te maten después de la boda?

—Estaba pensando en algo distinto. Me gustaría que tus arquitectos le diseñaran una terraza como la de tu palacio para su nueva casa.

—Eso puedo hacerlo. Gracias por entender mi situación y permitirme no faltar a mi palabra de caballero.

Haluk Nurzhan hizo buena su palabra pero yo no logré sacar partido de mis dotes colegiales de manipulador nato. Como mi juventud, ambas estaban agotadas. Ahora tenía miedo. Sin embargo, el regalo de la tranquilidad me lo dio el coronel Darío. Su equipo diplomático en el país de los esturiones le informó de que Julia le había abandonado al enterarse de que me iba a prestar un favor. *Tu palabra o yo*, fue su ultimátum. En cuanto sacó las maletas de palacio, la orden de mi muerte se canceló *ipso facto*.

La suerte me entregó un billete para viajar a la ceremonia nupcial en el país de los elefantes, donde me esperaba la sorpresa: me había convertido en abuelo. Mi nieto Jasón dormía plácidamente en su cuna, soñando sus aventuras envuelto en una manta dorada del país de la lana. Acaricié esta nueva generación de Mr. Flowers con mano emocionada, para que nada le perturbara en el mundo que seguía girando para él.

La boda fue un derroche de fastuosidad. Todos esperábamos que Fabio y Dana sellaran su enlace en un laboratorio en lugar de un templo de fantasía. Luego nos enteramos que cada luz y color representaban elementos constitutivos del universo y nos quedamos más tranquilos. De ahí nos desplazamos hasta una fecunda finca, donde los invitados comimos, bebimos, cantamos y bailamos, pasando de desconocidos a hermanos. Tras el ágape reglamentario, una mujer vestida de virginal sari blanco y los brazos salpicados de joyas, cantó en un idioma tan extraño como hermoso, que hizo reverberar una luz acuosa sobre mis ojos. Esa princesa dravídica, esa druida oriental, nos atrajo con el anzuelo de sus finos dedos hasta el centro del escenario al término de su actuación. El aire olía a césped recién cortado, a dulce mango, a arenosa cúrcuma y jugoso coco. Las cigarras rompían el silencio con el fragor de su serenata. De pronto, la música tronó alta, tan alta como para ensordecir a los antiguos dioses del cielo, mientras los empleados arrojaban polvos multicolores al aire con alegría, júbilo y deleite,

convirtiéndonos a todos en un cuadro abstracto viviente. Extendí mis manos, que recibieron el tinte, y me acerqué hasta Fabio y Dana para pintar de felicidad sus frentes.

Al cabo de un rato, la humedad convirtió los tintes en una incómoda masa pegajosa. El sudor tornó en pringosa pátina, manchando todo aquello que tocara. Los platos resbalaban de las manos, la comida se mojaba con gotas verdes, naranjas, azules y rojas. Algunos se secaban con servilletas de blanco immaculado que luego dejaban viscosas encima de las mesas. Y todos los vasos estaban cromáticamente esmerilados. Había oído que, en algún lugar de la finca, había un pozo de agua fresca, así que atravesé los árboles de caléndulas, a ver si lo encontraba. El ruido del festejo quedó a mi espalda, mitigando su estruendo a medida que me alejaba. Así escuché el crujido de la hierba bajo mis pies y el alegre chapoteo del agua.

Yalini, la sensual cantante, había pensado lo mismo que yo, mucho antes. El cubo yacía en el suelo, ligero tras volcar su contenido sobre su cabeza. El sari, ahora ceñido, derretía el color como cera de una vela, contorneando su refulgente figura entre la oscuridad de la naturaleza. Carraspeé para advertirla de mi presencia, provocando su recato e instantánea vergüenza. Me acerqué a su lado, agachando la cabeza, para dejar caer el cubo en la boca del brocal, tan asombrada como la mía ante su belleza. Tiré de la cuerda hasta que el cubo golpeó la polea. En ese momento, Yalini lo arrancó del gancho y me lo puso de sombrero. ¡Estaba helada! Yo temblaba y ella aplaudía sin parar de reír. Después, volvió a sacar agua. Intuí lo que tramaba y me quedé quieto, goteando el jardín de color. En cuanto tuvo el cubo en sus manos, me abalancé sobre la cantante, invirtiendo la dirección del derramamiento hacia su pecho. Ella gritó, suplicó, puso cara de pena, congelándome con sus ojos al instante, descuido que aprovechó para meter la mano por debajo del cubo, calarme de nuevo y salir corriendo. Desapareció entre las caléndulas, dejando un rastro de carcajadas.

Esa noche, cuando me había acostado, unos nudillos llamaron a mi puerta. Abrí y me encontré con Yalini, portando más líquido entre sus manos. Esta vez, caliente. Me había preparado un té especiado para disculparse. La invité a pasar y conversamos durante horas. Ella era la organizadora del evento, trabajo que le había premiado con cumplir su sueño de ser cantante. También me contó otra serie de historias fascinantes sobre el país de los elefantes, sobre sus creencias religiosas... y sexuales. La charla me calentó más que la bebida picante. Absorto en ella, no reaccioné cuando sus dedos se deshicieron

de su sari y de mi ropa, no me resistí cuando me tumbó en el suelo y no me negué a profundizar en los límites de la elasticidad del cuerpo.

Los monos que gritaban al otro lado de la ventana nos despertaron. Su agilidad arbórea acució el dolor muscular en mis extremidades, a las que la noche pasada había llevado al extremo. El retorno de mis años dorados había sido efímero, espejismo de una era que ya tenía canas y flaqueaba. Recuerdo que, de pequeño, quería ser adulto. Ahora, jugaba a ser joven, bailando con las nuevas parejas que a lo largo de mi vida se habían formado: Elmo y Belén, Ana y Azul, Dafne y Darío, Christian e Ivés, Fabio y Dana. Besé los labios azafranados de mi melodiosa compañera para despedirme; este viejo elefante tenía que caminar la última etapa de su senda, ahora que quienes me habían importado disfrutaban de lo que tanto tiempo llevaba yo buscando: una persona con la que asentar la felicidad. Es cierto que hubiera podido ser Yalini quien me la diera. Pero quedaba una letra, la última de todas, el final del abecedario. Y el juego habría terminado.

Cap. 18

El paroxismo del país de los elefantes me convenció a escoger un destino más tranquilo: el país de la meditación. Tantos países recorridos, tantos amores compartidos y todo, ¿por qué? Esperaba encontrar la respuesta en un claustro cargado de profundas reflexiones entre sus arcos. Por todo paisaje, veía un campo yermo, propicio para evitar distracciones. Una monja se sentaba todos los días a mi lado para dirigir mis pensamientos por el camino adecuado. Pero acabamos en mi celda, pues su nombre era Zerelda.

En ella creí ver la Zenobia de Juan Ramón. Pronto descubrí que yo no era más que el hiriente rebuzno de su burro, como el de Puleyo, ya que de tanto husmear la magia, me había transformado en asno. La letra zaguera ocupó el asiento que quedaba libre en el teatro del amor. ¿Cuándo empezaba la función? Zerelda, que en esta obra compartía el mismo papel que las otras, leyó mi interior con sabiduría.

—Tienes el aforo completo pero el corazón vacío, porque has intentado llenarlo con la cabeza. Prueba a hacerlo con tus manos. Tal vez su magia dibuje la respuesta que tanto anhelas. Mañana me voy del claustro. Ya no me necesitas a tu lado.

Dicho esto, se levantó y se marchó, dejándome en lo alto de una montaña, temblando de frío. Regresé a mi celda, acompañado de sus palabras. Sentía el vacío de su ausencia. Entonces, tuve una idea. Dibujaría su cara para volver a verla. Saqué una libreta de la mochila, destapé el capuchón de la estilográfica y cerré los ojos para dibujar el rostro de Zerelda. Que fueran mis manos y no la cabeza quien pintara sus trazos. Al terminar, una ráfaga de calor recorrió mis brazos, la misma que sintiera con el primer sorbo del té de Yalini. Pasé la página, manteniendo los párpados bajados, y la dibujé. Un profundo misterio me inundó al instante, llevando a X a la siguiente hoja. Una a una, retrocedí en el alfabeto hasta acabar el cuaderno y cerrarlo. Abrí los ojos. La noche se había colado por la ventana. Encendí una vela y respiré varias veces antes de

comprobar mi trabajo. Allí estaban las mujeres que habían pasado por mi vida, las víctimas del abecedario, rostros de tinta perfectamente retratados, desde la A a la J. Porque, a partir de la K, la cara era siempre la misma, como si su identidad fuese hueca. En efecto; todas ellas me miraban con los ojos de Rebeca.

Cap. 19

Lo primero que hacemos al nacer es llorar y luego nos lloran al morir, cerrando así el círculo de gotas saladas en que se desgrana la vida, una comedia de tristeza y miseria que nos asciende o precipita en esta montaña rusa que es la existencia. Porque nuestro planeta es un parque de atracciones. Pero también gira sobre sí mismo, como las obsesiones. Tras haberos contado mi historia, a ratos en prosa, a ratos en poesía, habréis visto que la mía ha sido el amor. Mejor dicho, su búsqueda en el abecedario. Cuando agoté las letras, me di cuenta de que lo había encontrado hace mucho tiempo en Rebeca. Mi empecinamiento me llevó a perderla. Pero el capricho del destino, latido de nuestros caminos, hizo que la viera por última vez, en el país de las liebres, donde comencé un largo viaje que terminará en el siguiente capítulo, el mismo con el que empezó.

Cap. 20

Rebeca, nombre hebreo que significa yugo, al que he estado atado desde que la conociera. Parece mentira que, con el poco tiempo que compartimos juntos, haya significado tanto. Tanto, no. Todo. Absolutamente todo. Pero la vida nos había reservado la mejor mesa para la cena del epílogo. De pronto, se me cortó el apetito. Yo tenía claros mis sentimientos. ¿Y Rebeca? ¿Me recordaría? ¿Significaría algo todavía para ella? O, peor aún; ¿habría encontrado otro amor que la correspondiera como nunca hice yo?

Christian me ayudó a localizarla gracias a su capacidad para infiltrarse en las bases de datos. El hecho de que viviera donde yo naciese me llenó de esperanzas supersticiosas. Llamé a la puerta de su casa, sosteniendo el cuadro que había compuesto con todas esas caras del país de la meditación. Al verme, sentí como si el planeta hubiese echado el ancla, dejándose mecer por el oleaje del tiempo. Puse mi regalo entre sus temblorosas manos y le dije:

—Nunca te he olvidado.

Ella a mí tampoco. Nos abrazamos, nos besamos y, en el plazo de una noche, creamos una vida entera, nueva, juntos, olvidando un pasado que no era más que arena que se llevaba el viento, devolviendo a la luz un tesoro enterrado.

Pocos días y breves horas dispuse con Rebeca. Su salud menguaba, pero siempre me tenía a su lado para ayudarla a crecer. Finalmente, cuando la cuenta atrás inició su descenso numérico, se acostó, jadeante y tosiendo. Me senté a su lado, sin soltarle la mano. A duras penas mantenía los ojos abiertos, pero su sonrisa no se extinguía. Incluso nos reímos a carcajadas cuando hablamos de intentar hacer el amor en el baño de un superautogiro.

—Míranos; jamás nos hemos separado.

Luchando por respirar, me pidió que me acercara para besarme, su último deseo antes de abandonar el mundo. Sentí su aliento desvanecerse en el interior de mi boca, circulando por todo mi cuerpo para no irse sola, como

cuando se fue del país de la lana. Pero, esta vez, ya no la volvería a encontrar. Esta vez, la perdía de verdad. Rebeca moría. Su mano dejó de apretar la mía. Levanté la cabeza para coger aire. Vi su cuadro. Ya nadie la olvidaría jamás. Me tumbé a su lado, cerrando esta historia y los ojos para siempre. Allá donde fuera, siempre la seguiría.

Y morí.

FIN

Cap. A-2 + M-Q + R

Nada más conocer a Álvaro, -al que conocéis mejor como Mr. Flowers- nos enamoramos. ¿Por qué conmigo no sintió nada al tocarme? Puede que fuera porque, nada más verlo, supe que envejecería a su lado y no tenía ya que conquistarme. Porque no tiene poderes, como os ha hecho creer. ¡Ja, ja! Lo único especial en él es su *situs inversus*. Por eso pensaron que había muerto en el museo. Cuando lo ingresaron, descubrió que su corazón y sus órganos están cambiados de lado. Tal vez sea ése el motivo por el que busca la felicidad de los demás. Su magia no reside ni en sus manos ni en sus pies, sino en cómo tranquiliza con la palabra y calma con la mirada. Eso sí, Álvaro es muy perspicaz a la hora de intuir el interior de las personas que le hablan con los ojos y no la boca.

Como dije, nos enamoramos profundamente al conocernos. Pero no era mi turno en el alfabeto. Además, yo tenía muchos planes en mente tras independizarme de mis padres. Así que le presenté a mi hermana, que cumplía los requisitos de su juego. Gracias a eso, descubriríamos que esos objetivos tan determinados solo servían para sumirnos en una honda pena. Todos los días nos sentábamos en un café, rozándonos las piernas por debajo de la mesa, hablando de nuestras cosas y nuestros sueños para evitar decirnos que deseábamos besarnos, vivir juntos y amarnos. ¡La de horas que pasamos bazucando infusiones! ¡Lo que sufrimos al estar tan cerca sin poder tocarnos!

—Rebeca, no puedo seguir así. Dime lo que necesitas para poder hacerte feliz. Si tengo que dejar el alfabeto, sea. Me importas más tú que un estúpido juego. Pero si quieres que te deje libre, mejor será que me vaya; es mi presencia aquí lo que te retiene en el país de las lanas.

Razón le sobraba. Nos preocupábamos tanto el uno por el otro que la única solución era renunciar a algo o perdernos. Y mi cabeza atolondrada no dejaba de decirme que hiciera A, luego B, mejor C... Entonces, se me ocurrió una

idea.

—Te propongo un trato. Tú sigue con el abecedario y yo seré la persona que me apetezca en el país al que viajemos. Cuando uno sienta la necesidad de realizar un cambio, el otro seguirá a su pareja y creará un personaje para hacerlo realidad. ¿Qué te parece?

Álvaro y yo cerramos el pacto con un apretón de manos, controlando el fuerte deseo de besarnos. Porque seguía siendo Rebeca y supondría romper el pacto. Eso sí, me puso el mundo como escenario a cambio, para poder entregarnos el uno al otro sin reparos, en el país del dragón. Allí me convertí en actriz, cumpliendo el primero de mis sueños con la K de Kang-Dae. Luego nos dejamos llevar por la locura y la lujuria bohemia con la L de Lorraine en el país de las ranas, hasta que Mariana nos sentó la cabeza y la cartera con un negocio de artecomida en el de la cerveza, donde me quedé embarazada de Elmo y el sufrió un ataque de nostalgia al volver a ver a Ana, sin saber que se trataba de su primer amor. Decidimos mudarnos al país de la sal para purificar en el mar lo que llevábamos dentro. Tras el nacimiento de Elmo, maté a Nancy sin remordimientos para seguir nuestro viaje de amor y aventura por el país de las jirafas, donde me convertí en Olayinka y, por fin, en su esposa. El color que me había cambiado la piel de blanco a cobre se oscureció aún más. Parecía una mujer de la tribu y aprendí su cultura y sus tradiciones en profundidad. ¡Me integré tanto que hasta me hicieron una estatua al irnos! Porque la matanza en la selva nos recordó la importancia de velar por la seguridad de nuestra familia nómada. Así que emigramos al país de las nieves, para que todas las banderas fueran blancas. El frío no tardó en dejarme pálida y, mientras él se llevaba a Elmo a ver la Aurora Boreal (más tarde no se cansaría de llevar a Pernille), me hice amiga de Christian, para que nos ayudara a romper la rutina de nuestros encuentros. Álvaro y yo hablamos de tener otro hijo. Y en eso estábamos cuando estalló la guerra. Así que se encargó de acelerar su final mientras yo subía al superautogiro, rumbo al país de las dunas, donde lo esperaría para hechizarlo con los encantos de Qasida, exótica bailarina donde habita la sabiduría. Si Elmo nació con el agua, Fabio vería la luz del día con el sol. Pero a los pocos años, la secuela de la guerra nos obligaría a dismantelar la caravana. Elmo y Fabio se quedaron internados para no interrumpir su curso escolar.

Nuestro nuevo destino, esta vez, coincidía con la R, mi letra. Decidimos celebrar este extraño aniversario de letra con una fantasía de telenovela en el país de los jaguares. Ahí estaba Gerardo, antiguo director de escena cuando

Kang-Dae actuaba en el de los dragones, que aceptó encantado nuestra propuesta. Álvaro os ha contado que la serie era un éxito cuando llegó. Mentira; empezamos desde cero. Pero Gerardo aprovechó a un personaje de otra teleserie para inventar el *spin-off*. Me convertí en Rosita sin dejar de ser Rebeca. ¿Cómo? Muy sencillo: escondida con un anagrama en el apellido: Cerbea. Grabamos episodios para cinco años en siete meses antes de que yo regresara al país de las dunas para estar con nuestros hijos y mi marido se marchaba al de las naranjas para investigar un nuevo formato de entretenimiento por recomendación de Gerardo. Durante esa separación, le eché tanto de menos que escribí un guión sobre nuestra historia de amor para poder volver a verlo cuanto antes como Silvia. En esa nación habría tres reencuentros más: Christian, Ives y Álvaro con sus padres durante la boda de Elmo y Belén.

Al acabar la segunda guerra, decidimos evitar su tercera parte. Nos mudamos al país de los caimanes, al barrio financiero. La verdad, poco podía yo aportar en esas esferas. Me gustan más las letras que los números. Así que me saqué a Thaïs de la chistera, secretaria sexy pero severa, una para su alfabeto, la otra para el numérico. Lo que no conseguí fue que dejara de llevar ese horrible gorro vaquero. ¡Ay! Ya me ha pegado lo de hablar en verso. Sí que logré, no obstante, que aprendiera un nuevo alfabeto: el musical. Así que no le hagáis caso cuando os ha dicho que Thaïs quería que se quedara a su lado en lugar de irse a tocar el pianobanjo al país de las sombras. ¡Mucha luz necesita esa narración, por cierto! Os habréis imaginado la sala de conciertos de su primera actuación con forma de palacio, ¿verdad? Era más bien una taberna que hacía honor al nombre de la nación. Y el camerino donde nos conocimos era, en realidad, la puerta del baño. Necesitamos muchas tablas antes de alcanzar una modesta fama. Entretanto, fuimos dos felices juglares disfrutando de la sinfonía de la vida. Eso sí, lo confieso, ¡menos mal que le concedieron el Premio Nobel! Porque la vida de carretera me estaba matando.

Tampoco la historia del país de los esturiones fue tal y como os la ha contado. Veréis; para hacer esa experiencia más interesante, porque no se me ocurría qué papel representar durante la aburrida ceremonia y pensaba que nuestra estancia sería mucho más breve, me hice pasar por camarera, Sí, fui yo quien le cogió del brazo y le ignoró en la terraza de Haluk Nurzhan, ya que al escuchar los planes del rey, cambié mi rol por el de arqueóloga jefe llamada Vanna. Por cierto, que no se escapó porque podía respirar bajo el agua. ¿Recordáis nuestra fase de submarinistas? Insisto, que lo de sus poderes os lo

ha dicho para hacerse el interesante. El juego del alfabeto sirvió de distracción en el exilio. Primero como Wilma, después X. Un segundo, que acabo de recordar una cosa.

—¡Ay! ¿Por qué me pegas?

—¿Un poco vieja para ser una estudiante? ¿Cómo se te ocurre escribir eso?

Se ríe. Ni como fantasma pierde la sonrisa conmigo. O porque se está acordando de la boda de Fabio en el país de los elefantes, cuando compramos el Kamasutra. Ni de abuelos fuimos aburridos. Pero las agujetas nos destrozaron y, bueno, decidimos probar algo más tranquilo con la última letra en el país de la meditación. Allí le propuse que viviera con Zerelda el resto de sus días.

—No la quiero a ella. Las letras se han terminado. Solo te quiero a ti, Rebeca.

Acabamos, tras una última representación, viviendo juntos con nuestras verdaderas personalidades en el país de las liebres, donde el juego había empezado. No puedo pensar en un final más perfecto y ordenado para concluir la historia de nuestras increíbles aventuras: la A de Álvaro, la M de Mariana como madre de nuestro primer hijo, la Q de Qasida la del segundo y, finalmente, la R de Rebeca.

AMQR.

Amor, con un guiño.

[1] Que adivina el futuro a través de las entrañas de los peces.